



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)



LIBRO V

Sincronismos

El año en que Arato el Joven ¹ ejerció el generalato se cumplió alrededor de la subida de las Pléyades ¹, pues entonces el pueblo aqueo efectuaba así el cómputo del tiempo. Por esto, Arato resignó el mando y Epérato ² le relevó en la capitanía de los aqueos; Dorímaco seguía siendo el general de los etolios. Entonces mismo, ³ o sea a principios del verano, Aníbal, que hacía ya abiertamente la guerra a los romanos, tras partir de Cartagena ³ y cruzar el río Ebro, iniciaba sus operaciones y su marcha hacia Italia. Los romanos enviaron a Tiberio Sempronio Longo al África, al frente de un ejército, y a Publio Cornelio Escipión ⁴ le mandaron a España. Antíoco III y Ptolomeo IV, rehusando componer sus ⁵ diferencias acerca de Celesiria ⁵ mediante legados y negociaciones, se declararon mutuamente la guerra.

¹ El orto de las Pléyades se da el 22 de mayo. La indicación de Polibio es sólo aproximada.

² Sobre Epérato, cf. IV 82, 8.

³ En el texto griego la expresión «a principios del verano» puede afectar tanto a «partió de Cartagena» como a «cruzó el Ebro».

⁴ Sobre la partida de estos dos cónsules, cf. III 40, 2; 41, 2. Fue en agosto.

⁵ Cf. 68, 1. Para Celesiria, nota 6 del libro III.

6 *Prosecución de la guerra social en el año 218*

7 El rey Filipo de Macedonia andaba escaso de trigo y de dinero para sus tropas y, a través de los arcontes, convocó⁶ a asamblea a los aqueos. Estos, según la ley, se reunieron en Egio⁷, donde Filipo observó que los de Arato estaban predisuestos contra él por las intrigas⁸ que los hombres de Apeles, con motivo de las elecciones, habían urdido para perjudicarles. Se dio cuenta, además, de que Epérato⁹ era persona de carácter indolente, de quien nadie hacía el menor caso. Todo lo anterior le llevó a apercibirse de la estupidez de Apeles y Leontio y resolvió atraerse a los Aratos. Convenció a los magistrados de que trasladasen la asamblea a Sición, convocó a los dos Aratos, al padre y al hijo, a una entrevista secreta, e inculcó a Apeles de todo lo sucedido. Les rogó que perseveraran en su política inicial, a lo que ellos se prestaron con agrado. Entonces, Filipo se dirigió a los aqueos y, con la colaboración de los dos jefes citados, logró todo lo que necesitaba para sus designios. En efecto: los aqueos le entregaron inmediatamente cincuenta talentos para el inicio de la campaña¹⁰, decretaron abonar a las tropas el sueldo de

⁶ El rey macedonio tenía derecho a convocar una asamblea. Cf. IV 85, 3.

⁷ Cf. nota 122 del libro II.

⁸ Cf. IV 76, 7.

⁹ Apeles había conseguido que Filipo apoyara la candidatura de Epérato. Cf. IV 82-86.

¹⁰ Aquí el texto griego es algo equívoco. Puede significar «para la primera campaña» (o sea, la campaña de invierno del 219/218), o bien «para el inicio de la campaña». E. SCHWEIGHÄUSER, *Polybii Historiarum reliquiae*, París, 1839, *ad loc.*, y W. R. PATON, *Polybius, The Histories*, III, Cambridge, Massachusetts, 3.^a ed., 1960, *ad loc.*, se deciden a favor de la primera interpretación; mientras que P. PÉDECH, *Polybe, Histoires*, IV, París, 1977, *ad loc.*, y F. W. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius*, I, Oxford, 1970,

tres meses y añadir, además, diez mil medimnos¹¹ de trigo. Además, durante el tiempo en que hiciera la guerra conjuntamente con ellos en el Peloponeso, cobraría de los aqueos diecisiete talentos mensuales.

Los acuerdos tomados fueron éstos, y los aqueos se retiraron a sus ciudades. Cuando las tropas se hubieron concentrado desde los lugares donde habían invernado, el rey, previa deliberación con sus consejeros¹², determinó hacer la guerra por mar: estaba persuadido de que sólo así podría aparecer rápidamente, y por todas partes, a sus enemigos y de que éstos apenas podrían prestarse ayuda mutuamente: estaban disseminados por el país, y todos temerían por sí mismos, a causa de que la comparecencia del adversario por mar era tan súbita como imprevisible. Filipo estaba en guerra contra los etolios, los lacedemonios e, incluso, contra los eleos. Tomó, pues, estas decisiones y concentró sus naves y las de los aqueos en Lequeo¹³, donde realizó maniobras continuas: ejercitaba a los hombres de sus falanges y los habituaba al manejo de los remos; los macedonios atendían con sumo interés las órdenes impartidas: si son muy famosos y esforzados en las peleas terrestres libradas en formación, no están menos dispuestos, si se presenta el caso, a la lucha por mar.

ad loc. (citado, desde ahora, WALBANK, *Commentary*, *ad loc.*), se deciden por la segunda. El valor del talento varió según los estados griegos y según las épocas; aquí seguramente la referencia es al talento ateniense, que valía unas 50.000 ptas. actuales si era el de plata, el de oro alcanzaría, en valor actual, el medio millón.

¹¹ Los griegos medían el trigo por medimnos. Un medimno valía 192 cótilos, unos 52 l.

¹² Traducido al pie de la letra, el texto griego pone «amigos», pero el término es técnico: estos «amigos» forman, con otros personajes, el consejo real. Cf. 50, 9, y la nota 121 del libro I. La expresión saldrá con bastante frecuencia.

¹³ Se trata del puerto occidental de Corinto.

Son obreros de mucho aguante, no cabe la menor duda, para misiones como excavar fosas, clavar empalizadas, en fin, para cualquier penalidad de este tipo. Hesíodo nos presenta así a los Eácidas:

*que gozan en la guerra como en un banquete*¹⁴.

7 El rey y el ejército macedonio permanecían en Corinto, dedicados a los preparativos y a su adiestramiento en las operaciones navales. Apeles, tan incapaz de ganarse a Filipo como de aceptar aquella humillación, se conjura con Leontio y Megaleas: éstos se harían presentes en el momento oportuno, cometerían errores deliberados y, así, entorpecerían los servicios del rey; él se llegaría a Calcis¹⁵ y, desde allí, se las ingeniaría para que no le llegaran, desde ningún lugar, suministros de ningún tipo para sus operaciones. Tal fue su acuerdo con los hombres citados y, después de ajustar tratos tan perversos con ellos, se fue a Calcis, para lo cual alegó al rey unos pretextos absurdos. Establecido allí, todos le hacían caso, debido al valimiento de que había gozado antes; él se atuvo con tanta firmeza a los juramentos, que al cabo forzó al rey, falto de recursos, a empeñar su propia vajilla de plata, que usaba habitualmente, para sufragar su subsistencia. Cuando se concentró la armada y los macedonios estaban ya debidamente entrenados en el arte de remar, Filipo efectuó una distribución de dinero y de víveres, y zarpó. Al cabo de dos¹⁶ días abordó Patras¹⁷, con seis mil macedonios y mil doscientos mercenarios.

¹⁴ Este verso no se conserva en lo que poseemos de Hesíodo.

¹⁵ Se trata de Calcis de Eubea, no de Calcis de Etolia. La ciudad aquí en cuestión fue el centro de la hegemonía macedonia en Grecia.

¹⁶ También podría interpretarse «al día siguiente», como apunta PÉREZ, *ad loc.*, en nota al pie. Walbank no comenta el

En aquellos mismos días Dorímaco, el general etolio, envió contra Elide a Agelao y a Escopas¹⁸ al frente de quinientos neocretenses¹⁹. Los eleos temían que Filipo emprendiera el asedio de Cilene²⁰, y, por eso, reunieron mercenarios, al tiempo que aprestaban las tropas mismas de la ciudad; además fortificaron cuidadosamente Cilene. Filipo se aperció de ello: concentró en Dime² a los mercenarios aqueos, una parte de sus cretenses²¹ y de la caballería gala, y, asimismo, dos mil soldados de a pie de las tropas de élite aqueas²², y dejó a estas fuerzas en esa plaza como cuerpo de reserva que, además, le protegería de peligros procedentes de Elide. Él personalmente había escrito previamente a los me-³senios y a los epirotas, y aun a los acarnanios y a Escerdiledas²³ con la orden de que tripularan las naves de que dispusieran y salieran a su encuentro en Cefalonia²⁴; zarpó de Patras en el tiempo fijado y abordó

término, pero los traductores vierten, unánimemente, «al cabo de dos días».

¹⁷ Patras, cf. nota 18 del libro IV.

¹⁸ Para Agelao, cf. IV 6, 10; para Escopas, IV 27, 1.

¹⁹ El término «neocretenses» sale sólo en Polibio y su sentido es discutido. Tanto se puede tratar de una tribu de la isla de Creta (inclina a pensar esto su oposición a los «cretenses» en los capítulos 65 y 79 de este libro) como a soldados jóvenes o bisoños, recién llegados. No falta quien crea que la referencia es a que estos soldados llevaban un armamento especial. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²⁰ Puerto al N. de Elide.

²¹ Los cretenses se habían dividido en dos bandos; unos luchaban con los etolios y otros, a favor de Filipo.

²² Cf. II 65, 3.

²³ Los pueblos mencionados están en la costa oeste. Escerdiledas era un reyezuelo ilirio ya mencionado por Polibio en II 5, 6, y en IV 16, 6 y 22, 9. Se adhirió a la alianza aqueo-macedonia en 220/219. Más tarde veremos cómo se pelea con Filipo por cuestiones de dinero (95, 15).

²⁴ Cefalonia: isla del mar Jonio, al N. de la de Zacinto. Cf. nota 13 del libro IV.

- 4 en Pronno²⁵, en Cefalenia. Se dio cuenta de que esta plaza era difícil de asediar, debido a la estrechez del terreno, de modo que en su navegación avanzó con su
5 escuadra y fondeó delante de la ciudad de Palea²⁶. Comprobó que este país es abundante en trigo, capaz de abastecer un ejército entero, por lo que hizo desembarcar a sus fuerzas y acampó delante de la ciudad. Varó las naves en tierra, las rodeó de un foso y de una trinchera, y mandó a sus macedonios a recoger grano.
6 Él se dedicaba a recorrer los alrededores de la población y exploraba por qué lugares resultaba posible aproximarse a la muralla las máquinas bélicas para sus obras de asedio; su intención era apoderarse de la ciudad, al
7 tiempo que se reunía con sus aliados. Así privaría, ante todo, a los etolios de su punto de apoyo más necesario, porque los etolios echaban mano de las naves cefalénicas²⁷ para sus desembarcos en el Peloponeso y para sus
8 razzias contra las costas de Epiro y de Acarnania; además, dispondría para sí mismo y para sus aliados de una base muy apropiada contra el territorio enemigo.
9 Cefalenia, en efecto, está situada frente al golfo de Corinto, extendida en dirección al mar de Sicilia²⁸; domina las regiones del Peloponeso orientadas al norte y a occidente, principalmente Élide, y también las partes meridionales y occidentales de Epiro, de Etolia y de Acarnania.
4 La isla era muy adecuada para concentraciones de tropas aliadas y su situación era muy estratégica, tanto para defender los territorios amigos como para atacar

²⁵ Pronno: ciudad situada al SO. de la isla de Cefalenia.

²⁶ Palea, plaza situada en el litoral sur de la isla de Cefalenia, en el golfo de Livadi, que penetra profundamente en tierra.

²⁷ Cf. IV 6, 2.

²⁸ Por «mar de Sicilia», Polibio entiende el espacio que va de Sicilia a Grecia y que comprende el golfo de Ambracia (cf. IV 63, 5; V 5, 13).

los adversarios, por lo que a Filipo le urgía ocuparla y someterla. Observó que la ciudad estaba rodeada por 2 todas partes, ya por el mar ya por unas alturas abruptas; el único llano existente, que era muy reducido, se orientaba hacia Zacinto²⁹. Y fue por aquí por donde Filipo proyectó avanzar sus trabajos y realizar las operaciones de asedio. De modo que el rey estaba total- 3 mente entregado a esto. Y se presentaron quince es- quifes enviados por Escerdiledas, quien no pudo remitir más, debido a las turbulencias y conjuraciones surgidas entre los reyezuelos ilirios. Procedentes de Epiro, de 4 Acarnania y de Mesenia llegaron también las tropas aliadas fijadas ya de antemano. En efecto, tras la toma 5 de la ciudad de Figalea³⁰, los mesenios no pudieron excusarse de participar en la guerra y, desde entonces, se sumaron a ella. Ya dispuesto todo lo necesario para 6 el asedio, Filipo montó las catapultas y las máquinas lanzapiedras en los lugares adecuados para paralizar a los defensores, luego arengó a los macedonios, hizo aproximar las máquinas a los muros enemigos y empezó a minarlos con ellas. Al cabo de poco tiempo dos ple- 7 tros³¹ de muralla carecían ya de cimientos: tanto era el ardor que los macedonios ponían en esta tarea. Entonces el propio rey se acercó al muro e invitó a los 8 de la ciudad a que hicieran las paces con él. Pero los de Palea le desoyeron, y Filipo mandó prender fuego a los puntales, con lo que se vino abajo todo el lienzo de 9 muralla socavado previamente. Logrado esto, envió primero a los peltastas³² a las órdenes de Leontio, dispuestos en secciones: la orden era forzar el paso por la brecha. Leontio se atuvo a lo pactado con Apeles y re- 10

²⁹ «Hacia la isla de Zacinto», es decir, hacia el S. de la ciudad.

³⁰ Cf. IV 79, 5-8. Figalea es una plaza arcadia situada al SO. de Megalópolis.

³¹ Unos sesenta metros.

³² Cf. nota 169 del libro II.

lo pasara y se adentró en el golfo llamado de Ambracia³⁷; éste, ya citado, es una larga prolongación del mar de Sicilia³⁸, que alcanza el corazón mismo de Etolia, como ya hemos constatado más arriba³⁹. Hizo la travesía y fondeó poco antes del alba junto a la ciudad llamada Limnea⁴⁰. Allí ordenó a sus tropas que se prepararan la comida, que dejaran la mayor parte de su impedimenta y que se aprestaran a la marcha en las condiciones de la infantería ligera; él reunió a los guías, de los que inquirió, para informarse, cómo eran aquellos lugares y las ciudades establecidas allí.

Al tiempo de todo esto, se presentó Aristofanto⁴¹, el general, con el ejército acarnanio íntegro⁴². En épocas anteriores los etolios habían infligido a los acarnanios muchos y atroces sufrimientos, por lo que ellos ahora estaban dispuestos arduosamente a la venganza y a inferir daños a los etolios. Esto hizo que aprovecharan gustosos la ayuda que entonces les prestaban los macedonios, y se presentaron en armas no sólo los que por ley debían prestar servicio militar, sino incluso algunos de más edad. Y un arrojo no inferior al de éstos poseía a los epirotas; los móviles eran muy parecidos. Sin embargo, por la gran extensión de su territorio y por lo imprevisto de la aparición de Filippo no lograron concentrar a tiempo a sus tropas. Como ya puntualicé⁴³,

³⁷ Cf. notas 41, 144 y 145 del libro IV.

³⁸ Cf. la nota 28 de este mismo libro.

³⁹ Cf. IV 63, 4-5.

⁴⁰ Limnea, pequeño puerto en la costa meridional del golfo de Ambracia.

⁴¹ Este personaje sólo sale aquí y nos es totalmente desconocido. Ya desde ahora, cuando un nombre propio de lugar o de persona, o un gentilicio no vengan provistos de una nota explicativa, ello significará que se trata de pueblos, personas o topónimos no identificados.

⁴² Cf. nota 146 del libro II.

⁴³ Cf. 5, 1.

Dorímaco se había presentado, al frente de la mitad del ejército etolio, y había dejado en el país la otra mitad: creía que esta reserva bastaba para proteger al territorio y a las ciudades ante ataques inesperados. El rey dejó una guarnición suficiente para los bagajes, levantó el campo en Limnea un atardecer, avanzó unos sesenta estadios y acampó. Allí se tomó el rancho y, tras conceder un breve descanso a sus tropas, reemprendió la marcha. Durante toda la noche progresó ininterrumpidamente, alcanzando, instantes después de que amaneciera, las orillas del río Aqueloo, entre las poblaciones de Cónope y de Estrato. Le urgía caer de manera súbita e inesperada sobre el distrito de Termo⁴⁴.

Leontio comprendió que Filippo iba a lograr sus objetivos y que los etolios no podrían, por dos razones, afrontar la situación: primero, porque la aparición de los macedonios había sido súbita e inesperada; además, los etolios no habrían ni soñado en esta osadía de Filippo, tan decidido a irrumpir precisamente en la comarca de Termo, que era un lugar muy escabroso. Los acontecimientos, pues, iban a coger a los etolios desprevenidos y sin la menor preparación. Leontio veía todo esto, pero seguía fiel a sus intentos: afirmaba que Filippo debía acampar junto al río Aqueloo, para reponer sus fuerzas tras la marcha nocturna. Con ello, pretendía ofrecer a los etolios por lo menos un respiro en vistas a organizar su resistencia. Pero Arato constató que aquél era el momento justo del ataque y que, además, era claro que Leontio procuraba poner trabas, por lo que conjuró a Filippo que no dejara escapar la ocasión ni la difiriera. Convenció al rey, quien, por lo demás, ya despreciaba

⁴⁴ Cónope estaba situada a tres kilómetros y medio de la orilla izquierda del río Aqueloo; Estrato, sobre una loma en la orilla derecha. Termo venía a ser la capital de Etolia. Estaba situada al N. del lago Triconio, en el centro de la gran llanura que continúa la de Acarnania.

a Leontio; Filipo, pues, no cortó el avance, sino que lo
 6 prosiguió. Cruzó el río Aqueloo y adelantó rápidamente
 en dirección a Termo; en su progresión devastaba y
 7 destruía el país. En su marcha dejó a su izquierda Es-
 trato, Agrinio y Testieo, a su derecha Cónope, Lisima-
 8 quia, Triconio y Fiteo. Alcanzó la ciudad llamada Me-
 tapa⁴⁵, situada a la orilla del lago Tricónide. No lejos
 de ella hay unos desfiladeros, y dista unos sesenta esta-
 9 dios de la región citada de Termo. El rey entró en Me-
 tapa, evacuada ya por los etolios, y la ocupó con quin-
 cientos soldados; su intención era usarlos como reserva
 con vistas a su entrada y a su salida por los desfilade-
 10 ros. Las tierras que circundan el lago son montuosas y
 abruptas, y además cubiertas de bosque, por lo cual la
 11 entrada es angosta y terriblemente difícil. Filipo situó
 luego a los mercenarios al frente de la columna⁴⁶, a con-
 tinuación a los ilirios; seguía él con los peltastas y las
 falanges, y así emprendió el paso por los desfiladeros.
 Le cerraban la formación los cretenses; a su derecha
 avanzaban paralelamente por el país los tracios y la in-
 12 fantería ligera. El flanco izquierdo de su columna estaba
 asegurado naturalmente por el lago, a unos treinta esta-
 dios de distancia.

⁴⁵ No podemos, por razones de espacio, discutir la ubica-
 ción de estas ciudades, que plantea problemas considerables.
 Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., con un mapa en la pág. 542.

⁴⁶ Aquí la palabra griega correspondiente (*poreta*) recubre un
 tecnicismo latino, *agmen*, que es una formación (casi siempre
 militar) de hombres en movimiento. El equivalente actual más
 propio es «columna». Cf. la nota 83 del libro II.

Filipo rebasó, pues, los lugares ⁸
 citados y alcanzó una aldea llama-
Dstrucción de Termo da Panfia⁴⁷. La aseguró también
 con una guarnición y avanzó en
 dirección a Termo. La ruta no
 sólo era muy empinada y escabrosa, sino que a ambos
 lados había unos precipicios formidables. En algunos ²
 lugares el paso era peligroso por lo estrecho. El con-
 junto de la travesía era de unos treinta estadios. Pero ³
 se hizo en un tiempo muy breve, porque la marcha de
 los macedonios resultó muy viva, de manera que se llegó
 a las proximidades de Termo al caer de la tarde. Acampó ⁴
 y mandó sus tropas a devastar las aldeas circundantes,
 a recorrer las llanuras de los termios e, incluso, a sa-
 quear las casas mismas de Termo, repletas no sólo de
 trigo y de provisiones, sino también del excelente ajuar
 que usaban los etolios. Allí se celebraban anualmente ⁵
 mercados y festivales brillantísimos y, además, las elec-
 ciones a las magistraturas⁴⁸, de modo que todos deposi-
 taban en este punto los bienes de más valor que poseían,
 bien para la recepción de los huéspedes, bien para la
 preparación de las fiestas. Además de la utilidad que ⁶
 les prestaba, creían que aquél era el sitio más seguro,
 ya que jamás enemigo alguno se había atrevido a invadir
 aquellos parajes; por su configuración eran tales que
 venían a ser como la acrópolis de toda Etolia. La comar- ⁷
 ca, pues, gozaba de paz desde hacía muchísimo tiempo,
 las mansiones que circundaban el templo⁴⁹ rebosaban

⁴⁷ Lugar de ubicación desconocida, pero, sin duda alguna, al
 SE. de Termo. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. El *Grosser*
Historischer Weltatlas, I, Munich, 1972, no menciona este nombre
 en su nomenclátor.

⁴⁸ Estos «mercados y festivales» se celebraban anualmente
 en las fiestas llamadas «Térmicas», en otoño. Con ellas coincidía
 la asamblea de la Confederación Etolia y las elecciones regulares
 de cargos en ellas.

⁴⁹ El templo estaba dedicado a Apolo.

8 de riquezas, e incluso todos aquellos rodales. Cargados de botín de todas clases, los macedonios de momento plantaron sus tiendas allí para pernoctar. Al día siguiente seleccionaron lo más valioso y, a la vez, transportable de todo aquel ajuar; amontonaron el resto delante de 9 las tiendas y le pegaron fuego. Y lo mismo hicieron con las armas colgadas en los pórticos: cogieron las que eran más ricas y se las llevaron, cambiaron otras por las suyas, juntaron las demás y las quemaron. Las que ardieron sobrepasaban las quince mil.

9 Hasta aquí todo lo que se hizo fue digno y justo, según las normas de la guerra, pero no sé cómo calificar 2 lo que ocurrió después: los macedonios recordaron lo que los etolios habían perpetrado en Dio y en Dodona⁵⁰, y ello les impulsó a prender fuego a los pórticos y a destruir los exvotos⁵¹ que quedaban, muy valiosos por su factura; algunos de ellos habían requerido mucho trabajo y dinero. No se limitaron a maltratar por el fuego 3 las techumbres, sino que lo arrasaron todo, que quedó por el suelo. Derribaron también las estatuas, en número no inferior a dos mil, y, algunas, las hicieron añicos, aunque no las que tenían inscripciones dedica-

⁵⁰ Cf. IV 62, 2; 67, 3. Para Dodona, cf. la nota 162 del libro IV. En cuanto a Dio, topónimo que se da, por lo menos, cuatro veces en la Grecia antigua, aquí es la población de este nombre situada en Pieria, a pocos kilómetros del mar, en el golfo de Terme.

⁵¹ Sobre el sentido de la palabra griega recubierta por «exvoto» hay discusión. Mientras WALBANK, *Commentary*, ad. loc., cree que se trataba de armas consagradas a los dioses, PÉDECH, *Polybe V*, ad loc., en nota, explica el término griego en el sentido de que se trataba de edificios como los que todavía hoy se pueden ver en la vía de Delfos. Paton traduce «votive offerings» y Schweighäuser, «quidquid restabat donariorum». La continuación: «no se limitaban a maltratar por el fuego las techumbres», parece abonar la tesis de Pédech. Paton esquiva el problema con una traducción muy genérica.

das a los dioses, o bien les representaban: éstas las respetaron. Y en los muros pintaron aquel verso, ya a 4 la sazón muy citado, de Samos, hijo de Crisógono y hermano de leche del rey; el talento de este poeta ya entonces despuntaba. El verso en cuestión es: 5

*¿Ves hasta dónde voló el tiro del dios?*⁵².

Acerca de estas acciones, el rey y su corte estaban im- 6 buidos de una convicción tan profunda como perversa: creían que al obrar así lo hacían con justicia y honestidad, pues vengaban en términos iguales la impiedad de los etolios en el santuario de Dio. Sin embargo, yo 7 creo lo contrario. Son ejemplos de esta misma casa real, y no otros distintos, los que posibilitan examinar fácilmente si llevo en verdad la razón.

Antígono, tras haber derrotado en una batalla en 8 toda regla⁵³ a Cleómenes, rey de los lacedemonios, se hizo soberano absoluto de Esparta⁵⁴. Y siendo ya dueño 9 de hacer lo que quisiera con la ciudad y los gobernados, distó tanto de maltratar a los que habían caído bajo su dominio, que, todo lo contrario, les restituyó la constitución nacional y la libertad. Concedió grandes beneficios al Estado y a los particulares lacedemonios, y luego regresó a su país. Por consiguiente, entonces 10

⁵² El poeta Samos, citado aquí, era hijo de Crisógono, consejero de Filipo V de Macedonia; Polibio vuelve a hablar de él en VII 12, 6, y IX 23. En XXIII 10, 9, se nos cuenta que Filipo V le mandó ejecutar. El verso aquí en cuestión es, en el fondo, de EURÍPIDES, *Suplicantes* 860, que escribe, en griego, *habrón* (= tierro); Samos sustituye este adjetivo con intención equívoca: pone *dion*, que puede tanto referirse a Zeus como ser gentilicio de Dio. Hay, pues, por parte de Samos, una referencia intencionada a las penas gravísimas que Filipo V impuso a los etolios por haber destruido el templo de Zeus en Dodona.

⁵³ La batalla de Selasia. Cf. II 66-69.

⁵⁴ Cf. II 70, 1, y IX 36, 3-5.

mismo los lacedemonios le nombraron «bienhechor» y, cuando murió, le añadieron el título de «salvador»⁵⁵; todo lo expuesto le concitó fama y gloria inmortales no sólo entre ellos, sino entre todos los griegos.

10 Filipo II, el primer rey que dio prestancia a la dinastía de los macedonios⁵⁶ y que inició su preeminencia, venció a los atenienses en la batalla de Queronea⁵⁷, pero no consiguió tanto con las armas como con la condescendencia y la benignidad de su temperamento. La guerra y las armas le sirvieron sólo para imponerse y dominar a sus adversarios, pero con su moderación y su buen sentido se ganó a todos los atenienses, al tiempo que sometía a su ciudad: no añadía nunca la cólera a sus éxitos, sino que pugnaba y buscaba la victoria sólo hasta encontrar un motivo suficiente para mostrar su mansedumbre y su nobleza. En efecto: liberó a los prisioneros de guerra sin exigir rescate⁵⁸, rindió honores a los muertos atenienses y encargó a Antípatro la con-

⁵⁵ El título de «bienhechor» se otorgaba, normalmente, a soberanos extranjeros y el de «salvador» se adjudicaba sólo a divinidades, por lo que la actitud de los espartanos no estuvo exenta de adulación.

⁵⁶ Filipo V de Macedonia no descendía de Filipo II y de Alejandro Magno, pues éste muere sin dejar sucesión. El rey en cuestión provenía directamente de Antígono Monofthalmo (= el Tuerto), aunque los antigónidas pretenden enlazar en tiempos remotos con los argéadas. SÉNECA lo dice expresamente (*De Ira* 23, 1). Sobre los motivos de este pretendido parentesco, hay una excelente discusión en el artículo de HATTO M. SCHMITT, «Polybios und die Gleichgewicht der Mächte», incluido en la obra *Polybe*, publicada por Entretiens sur l'antiquité classique, XX, Fondation Hardt, Vandoeuvre-Ginebra, 1974, págs. 100-101, y citada, desde ahora, *Polybe. Neuf exposées...*

⁵⁷ Batalla librada en el año 338 y que representa el fin de la independencia real ateniense. Filipo II no fue tan benigno como Polibio pretende, pues al lado de los beneficios que aquí menciona impuso a los atenienses pesadas cargas

⁵⁸ Cf. XXII 16, 2; DIONORO, XVI 87.

ducción de sus restos. Proveyó de vestidos a la mayor parte de los que se iban y, así, por su clarividencia, con un mínimo dispendio obtuvo un resultado incomparable: la magnanimidad de Filipo impresionó a los atenienses, tan pagados de sí mismos, y de enemigos que le eran les tuvo como unos aliados dispuestos a todo⁵⁹.

¿Y qué diré de Alejandro? Éste, es cierto, se enojó tan terriblemente contra Tebas, que redujo a sus habitantes a la esclavitud y arrasó la ciudad, que quedó como la palma de la mano, pero en la toma de la plaza no desatendió en absoluto la piedad debida a los dioses: tuvo buen cuidado para que, ni aun involuntariamente, no se profanaran los templos ni tan siquiera los recintos sagrados. Este mismo Alejandro, cuando pasó al Asia, castigó la impiedad con que los persas habían tratado a los griegos: por lo que se refiere a los hombres, intentó cobrarse una venganza condigna a los crímenes perpetrados contra ellos, pero se abstuvo, en absoluto, de tocar los monumentos dedicados a los dioses, por más que los persas precisamente con hechos de este tipo habían cometido los peores atentados en tierras griegas⁶⁰.

Por consiguiente, esto es lo que en aquella ocasión Filipo V hubiera debido evocar en todo momento para mostrarse heredero y continuador de estos hombres mencionados, no tanto de su imperio como de su magnanimidad. Pero él, durante toda su vida puso el máximo empeño en aparecer como descendiente de Fili-

⁵⁹ Aquí Polibio falsea la verdad. Es cierto que los atenienses concedieron la ciudadanía ateniense a Filipo II y que condecoraron con la proxenia a Antípatro y a Alcímaco, quienes les restituyeron los prisioneros, pero no lo es menos que continuó la lucha antimacedonia: la sublevación tebana contra Alejandro (335 a. C.) se fraguó en Atenas, que todavía se alzó en 321 contra los diádocos.

⁶⁰ Cf. IV 23, 8, y IX 28, 8.

po II y de Alejandro; en cambio, no mostró el más
 11 mínimo interés en imitarles. Y puesto que su proceder
 fue opuesto al de los hombres citados, cuando fue en-
 trando en años alcanzó entre todo el mundo una reputa-
 ción contraria a la de ellos ⁶¹.

11 Lo que hizo entonces es un ejemplo válido. Filipo
 no pensaba realizar nada absurdo cuando su coraje le
 empujaba a delinquir en respuesta a los sacrilegios de
 2 los etolios, a curar un mal con otro mal. Una y otra vez
 echaba en cara a Escopas y a Dorímaco su irreverencia
 y su violencia gratuita: aducía sus profanaciones de lo
 divino cometidas en Dodona y en Dio, y no caía en la
 cuenta de que al ejecutar algo por el estilo se ganaba,
 entre los que se enteraban de ello, una fama no distinta.
 3 Pues a conquistar y derribar fortines enemigos, puer-
 tos, ciudades, vidas humanas, naves y cosechas y a las
 demás cosas semejantes a éstas, mediante las cuales se
 puede debilitar al adversario y convertir en más eficaces
 los medios propios en vistas a los planes que se abrigan,
 a hacer todo ello obligan las leyes y el derecho de la
 4 guerra ⁶². Pero maltratar lo que no va a proporcionar
 ni aportar ninguna ayuda a nuestra empresa ni a inferir
 ningún daño al enemigo, al menos en lo que atañe a la
 guerra actual, profanar templos sin motivo y, con ellos,
 sus imágenes y todos los monumentos de este género,
 ¿podrá negarse que es obra de un coraje y de un talante
 5 rabiosos? Los hombres honestos deben hacer sus gue-

⁶¹ Cf. VII 11.

⁶² Este lugar de Polibio se corresponde con el de Tito Livio, XXXI 30, 2-3, y es importante; se insinúa aquí, por primera vez que se sepa hasta ahora, una noción todavía vaga de derecho de guerra: es lícito todo lo que tienda a debilitar militarmente al enemigo, pero no lo es la destrucción sistemática con fines no bélicos. Por lo demás, Polibio enjuicia con frecuencia la moralidad de unas guerras determinadas, de acciones dentro de ellas y aun la moralidad de la conducta de los protagonistas.

rras no para aniquilar y destruir a los que les han per-
 judicado, sino para corregir y reformar a los culpables.
 No se debe exterminar a los inocentes junto con los
 culpables, antes bien salvar a la vez a los inocentes y a
 los que parecen tener culpa. Es propio de un tirano ⁶
 obrar sañudamente, imponerse por el terror a unos que
 le rechazan, ser odiado y odiar a los súbditos; corres-
 ponde a un rey ⁶³, en cambio, ser bienhechor de todos,
 ganarse el afecto por la propia benignidad y humani-
 dad, presidir y dirigir a quienes lo aceptan de buen
 grado.

El error cometido entonces por Filipo se puede en- ⁷
 tender, principalmente, si nos ponemos a la vista el
 juicio que, lógicamente, hubiera merecido ante los eto-
 lios si hubiera hecho lo contrario de lo dicho, si no hu-
 biera destruido ni pórticos ni estatuas, si no hubiera
 ultrajado los demás exvotos. Yo creo que este juicio ⁸
 hubiera sido el más favorable y humano. Los etolios,
 conscientes de sus sacrilegios en Dio y en Dodona,
 hubieran reconocido que entonces Filipo era muy dueño
 de hacer lo que le viniera en gana, y que si hubiera co-
 metido lo más atroz no hubiera parecido obrar injusta-
 mente, al menos en lo referente a ellos: pero su grandeza ⁹
 de ánimo y su bondad le habían inducido a no realizar
 nada parecido a lo perpetrado por los etolios.

De todo esto se deduce que, de una manera natural, ¹²
 éstos se hubieran condenado a sí mismos y hubieran
 aprobado y admirado a Filipo, porque para con los
 dioses usaba de una piedad magnánima, digna de un
 rey, aunque contra ellos mostrara su cólera. Es muy ²
 cierto que superar al enemigo en justicia y hombría
 de bien no es menos útil, sino mucho más, que alcanzar

⁶³ La distinción entre tiranía y realza la establece Polibio en VI 3, 5 ss. La tiranía es el fruto de la degeneración de la realza. Pero la idea es platónica: PLATÓN, *República* III 417b.

3 éxitos por las armas: los vencidos ceden, en un caso, a la fuerza bruta, pero en el otro voluntariamente. En un caso la corrección se consigue por medio de grandes pérdidas, en el otro es sin daño como se logra mejorar a los culpables. Y lo que es más importante: en la primera coyuntura el resultado es, en su mayor parte, cosa de los subordinados, en la segunda, por el contrario, la victoria es íntegramente logro de los gobernantes.

5 Pero seguramente la culpa de todo lo ocurrido allí no debe imputarse totalmente al mismo Filipo, que era muy joven: en su mayor parte debe achacarse a sus cortesanos y colaboradores entonces presentes, entre los cuales estaban Demetrio de Faros y Arato el Viejo. Y aun de ellos dos, no es difícil adivinar, incluso para quien no hubiera vivido aquello, de quién, lógicamente, procedía este asesoramiento. Pues dejando aparte los principios de toda su vida, en los que, tratándose de Arato, no se encontraría nada ni precipitado ni indiscreto, y lo contrario en los de Demetrio, es notorio que tenemos ejemplos concretos de las tendencias de ambos, evidenciadas en casos semejantes. La mención adecuada de esto la haremos cuando llegue el momento oportuno⁶⁴.

13

*Retorno de Filipo
a Limnea*

Filipo (pues de ahí partió mi digresión) recogió lo transportable y se lo llevó. Partió de Termo y realizó el regreso por el mismo camino por el que se había presentado. El botín precedía la formación, seguido por la infantería pesada; había dejado en la retaguardia a los acarnanios y a los mercenarios. Todo su empeño consistía en pasar las angosturas lo más pronto posible,

⁶⁴ Polibio habla del cambio de conducta observado por el rey Filipo en VII 11 ss. Debe pensar en la masacre de magistrados en Mesenia, debida a los consejos de Demetrio de Faros, VII 13-14.

porque recelaba que los etolios iban a establecer contacto con su retaguardia, fiados en la escabrosidad del lugar. Y es lo que ocurrió inmediatamente. Los etolios³ se habían aprestado a la defensa, concentrándose alrededor de tres mil; mientras Filipo estaba en las alturas no se le aproximaron, sino que permanecieron en lugares retirados. Su comandante era Alejandro de Triconio⁶⁵. Pero cuando la retaguardia macedonia se puso en movimiento, los etolios se lanzaron, al punto, en dirección a Termo y hostigaron a los últimos de la columna. En la citada retaguardia se produjo una confusión, lo que hizo que los etolios redoblaran el ardor de su ataque: llegaron a un cuerpo a cuerpo, fiados en la aspereza de los lugares. Sin embargo, Filipo había previsto esta eventualidad y había emboscado en la base de una colina a los ilirios y a la flor y nata de sus peltastas. Estas⁶ tropas arremetieron contra aquellos enemigos que habían avanzado excesivamente en su ataque; los etolios se dieron a la fuga tumultuosamente, campo traviesa. Ciento treinta murieron, y cayeron prisioneros casi otros tantos. Después de esta derrota sufrida por los etolios,⁷ la retaguardia macedonia pegó fuego al instante a Panfia, pasó sin peligro los desfiladeros y se unió al resto de las fuerzas macedonias. Filipo había acampado junto⁸ a Metapa y se reunió allí con los de su retaguardia. Al día siguiente arrasó esta ciudad, avanzó y estableció su campamento junto a la ciudad llamada Acras. Al otro día, sobre la marcha, fue devastando el país: acampó sobre Cónope y se quedó allí la siguiente jornada. Transcurrida ésta, levantó de nuevo el campo y marchó por las orillas del Aqueloo hasta llegar a Estrato. En este punto cruzó el río y puso sus fuerzas fuera del

⁶⁵ Alejandro de Triconio, hijo de Toante; en Termo se encontró una estatua de este último.

alcance de los tiros enemigos; desde allí tanteaba a los defensores.

- 14 Sabía, en efecto, que en Estrato se habían concentrado unos tres mil soldados de a pie etolios, unos cuatrocientos de caballería y unos quinientos cretenses. Pero nadie se atrevía a salirle al encuentro, por lo que Filippo empezó a poner en marcha sus unidades de vanguardia en dirección a Limnea y sus naves. Cuando la retaguardia dejó las proximidades de la ciudad, al principio unos pocos jinetes etolios efectuaron una salida y hostigaron a los hombres que cerraban la marcha. Cuando el contingente de cretenses salió de la plaza y algunos etolios se sumaron a su propia caballería, la batalla se generalizó y la retaguardia macedonia se vio forzada a revolverse y a combatir. Primero, la pugna se mantuvo equilibrada, pero cuando los ilirios corrieron a apoyar a los mercenarios de Filippo, la caballería y los mercenarios etolios cedieron y huyeron a la desbandada. Los del rey les acosaron a casi todos hasta los muros y las puertas de la ciudad, y mataron alrededor de un centenar de etolios. Después de este lance, los de la ciudad ya no hicieron nada más y los de la retaguardia establecieron contacto, ya sin ningún peligro, con su campamento y sus naves.

8 Filippo acampó a primeras horas del día y ofreció a los dioses sacrificios de acción de gracias por el buen desarrollo que habían tenido sus operaciones, y al propio

*Filipo en Limnea.
Violencias contra
Arato*

- tiempo llamó a sus oficiales, pues quería ofrecerles un banquete a todos. La opinión general era que había penetrado en lugares peligrosos, tanto, que hasta aquel momento no se había atrevido nadie a invadirlos con un ejército. Pero Filippo no sólo había irrumpido en él con sus tropas, sino que había realizado todo lo que se había propuesto y, además, regresó a su base sin sufrir

daños. Exultante de gozo por todo ello, preparaba una recepción en honor de sus oficiales. Megaleas y Leontio no soportaban esta buena suerte del rey: Apeles les había ordenado que entorpecieran todas las empresas reales, y ellos no habían logrado hacerlo. Así pues, (claramente decaídos) porque las cosas les habían salido al revés, con todo, acudieron al banquete⁶⁶.

El rey y los demás comensales sospecharon inmediatamente que estos dos no participaban igualmente en la alegría por aquellos acontecimientos. Avanzado el festín, cuando ya se bebía copiosamente y sin freno, Megaleas y Leontio se vieron forzados a imitar a los demás, pero se delataron al punto. Concluida la reunión, impulsados por la embriaguez y la inconsciencia, empezaron a dar vueltas en busca de Arato. Le encontraron cuando ya se retiraba, y primero le insultaban, después la emprendieron a pedradas con él. Una gran muchumbre se aprestó a apoyar a unos y a otros, por lo que en el campamento se produjo un alboroto y una revuelta. El rey oyó el griterío y mandó a algunos a ver lo que pasaba y a que disolvieran el tumulto. Cuando éstos hicieron acto de presencia, Arato les expuso lo sucedido y adujo como testigos a los circundantes; luego se protegió, dentro de su propia tienda, contra aquellos malos tratos. Leontio se escapó, de forma inexplicable, a través del alboroto. El rey se enteró de lo sucedido, mandó llamar a Megaleas y a Crinón y les reprochó duramente. Pero éstos no sólo no dieron muestras de arrepentimiento, sino que, envalentonados, dijeron que no cesarían en

⁶⁶ En este párrafo 12, el texto griego presenta una laguna que los distintos editores suplen cada uno a su manera; véase el aparato correspondiente de las ediciones críticas del texto original. Mi traducción sigue el texto conjetural de Büttner-Wobst. PATON, *Polybius*, III, *ad loc.*, señala la laguna sin restituir el texto, pero da una traducción que no se aparta grandemente de la mía.

9 su propósito hasta dar su merecido a Arato. Enfurecido ante estas palabras, el rey ordenó encarcelarles al punto y les exigió una fianza de veinte talentos.

16 Al día siguiente convocó a Arato y le exhortó a no perder el ánimo, porque él mismo prestaría la atención 2 debida a aquella cuestión. Leontio, enterado de lo que había ocurrido a Megaleas, se presentó en la tienda del rey con algunos peltastas; creía que al ser joven el monarca él le asustaría y le haría cambiar al punto de 3 parecer. Se encontró, pues, con Filipo y le preguntó quién se había atrevido a poner sus manos sobre Me- 4 galeas, quién había osado encarcelarle. Cuando el rey le contestó sin rodeos que había sido una orden personal suya, Leontio, estupefacto, se marchó hecho una 5 furia y mascullando palabras. El rey zarpó con toda la escuadra, atravesó el golfo y, así que hubo fondeado en Léucade, ordenó a los encargados de distribuir el botín que lo repartieran sin dilaciones; él reunió a sus con- 6 sejeros y les encargó el juicio de Megaleas. Arato acusó a Leontio de lo que había hecho desde el principio, relató la matanza⁶⁷ que organizó en Argos, realizada tras la partida de Antígono; añadió sus compromisos con Apeles y la obstrucción que había realizado en Paleas⁶⁸. 7 Le acusó de todo ello con pruebas y testigos; Megaleas fue incapaz de refutarlos, y los asesores del rey le con- 8 denaron por unanimidad. Crinón quedó en la cárcel; para Megaleas, Leontio depositó una fianza⁶⁹.

⁶⁷ Otra vez Polibio es parcial. La alusión es a un hecho ocurrido en el verano del 224. En el lugar oportuno (II 54 1-2), Polibio no habla de las matanzas que hubo allí cuando Antígono hubo ocupado Acrocorinto, en las que participó Arato, según indicación de PLUTARCO (*Arato* 44, 3). Y ahora Arato inculpa a Leontio de algo de lo que él mismo es reo.

⁶⁸ Cf. 4, 10-13, de este mismo libro.

⁶⁹ En este episodio, del cual vemos aquí la primera parte (el desenlace total seguirá en los capítulos 25-28), la conducta

Y éstas fueron las intrigas de Apeles y de Leontio, 9 que acabaron de una manera radicalmente inversa a sus esperanzas iniciales. Creían, en efecto, aterrorizar a Arato y dejar, así, aislado a Filipo, con lo cual podrían hacer lo que les conviniera a ellos. Pero ocurrió lo contrario.

*Invasión de Laconia
por Filipo*

Por aquellas fechas, Licurgo re- 17 gresó a su país desde Mesenia. No había logrado ningún éxito digno de ser tenido en cuenta, pero luego efectuó otra salida desde Lacedemonia y tomó la ciudad de los tegeatas. Sus habitantes se refugiaron en la acrópolis, y él se 2 aprestó a asediarla. Pero fracasó otra vez totalmente, por lo que se retiró de nuevo a Esparta. Los eleos ha- 3 bían invadido el país de Dime⁷⁰; atrajeron a una emboscada a la caballería que acudía en socorro de los dimeos y la hicieron volver grupas sin excesivo esfuerzo. En 4 la operación mataron no pocos galos y, de entre los ciudadanos, cogieron prisioneros a Polimedes de Egio, y a Agesípolis y a Diocles, de Dime. Dorímaco, por su 5 parte, había hecho una primera incursión con los etolios. Ya antes expuse su convicción de que podría devastar impunemente Tesalia y de que, con ello, forzaría a Filipo a levantar el cerco de Palea. Sin embargo, se 6 topó con Crisógono y Petreo⁷¹ dispuestos a presentarle batalla en territorio tesalio. Dorímaco no se atrevió a descender a tierras llanas; continuó su avance por las laderas de los montes. Fue entonces cuando le informa- 7 ron de la penetración de los macedonios en Etolia. Aban-

de Filipo V no se ajusta totalmente a derecho. Véase una amplia discusión en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁷⁰ Cf. nota 145 del libro II.

⁷¹ Crisógono, «amigo» de Filipo V. Polibio alaba su prudencia (IX 23, 9). Petreo protagoniza una embajada a Lacedemonia (IV 24, 8).

donó al instante Tesalia y se dirigió, a marchas forzadas, a socorrer a los etolios. Pero cuando llegó los macedonios ya habían salido del país, de modo que Dorímaco lo falló todo y llegó tarde a todas partes.

- 8 Filipo zarpó de Léucade. Durante su travesía devastó el país de Eantia⁷² y fondeó con toda su flota en Corinto.
- 9 Atracó sus naves en el puerto de Lequeo, mandó que las tropas bajaran a tierra y envió correos a las ciudades aliadas del Peloponeso, para fijar el día en que debían presentarse, al atardecer, todos sus hombres armados en la ciudad de Tegea.
- 18 Listos ya estos preparativos, no permaneció en Corinto ni un instante más, sino que ordenó a sus macedonios que levantaran el campo. Hizo la marcha a través de Argos y, al segundo día, llegó a Tegea⁷³. Allí recogió a los aqueos que se habían concentrado y avanzó por regiones montañosas; le urgía pasar desapercibido a los lacedemonios en el momento de entrar en su país.
- 2 Tras efectuar algún rodeo por lugares deshabitados, al cabo de cuatro días se plantó en las colinas que están frente a la ciudad de Esparta; dejó a su derecha el
- 3 Meneleo⁷⁴ y avanzó hasta alcanzar Amicla⁷⁵. Los lacedemonios contemplaban petrificados y aterrorizados desde su propia ciudad la progresión de los enemigos:
- 4 lo ocurrido les llenaba de estupor. Reflexionaban todavía, llenos de perplejidad, sobre las noticias que les llegaban acerca de Filipo, de la destrucción de Termo

⁷² Población de los locros ozoles, en la costa norte del golfo de Corinto.

⁷³ Cf. nota 59 del libro IV.

⁷⁴ El Meneleo es una colina en la orilla izquierda del Eurotas, sobre la cual había un templo dedicado a Helena y Menelao.

⁷⁵ Amicla era la capital de la Esparta predoria. Una amplia exposición de su estado primitivo y del sinecismo que la llevó a integrarse en el dominio espartano la tenemos en F. KIECKLE, *Lakonien und Sparta*, Munich, 1963, págs. 14-18 y 95-97.

y, en general, de las operaciones de Etolia. Corría, incluso, entre ellos el rumor de que se iba a enviar una ayuda a los etolios, al frente de la cual iría Licurgo. Nadie podía imaginar, en absoluto, debido a la extrema 6 juventud del rey, que más bien inspiraba desdén, que el peligro pudiera abalanzárseles encima, y desde tanta distancia. Lo que allí acaecía era totalmente inesperado, y era lógico que estuvieran llenos de pavor. En general, Filipo acometió sus empresas con más 7 osadía y eficacia de lo que, por su edad, cabía esperar, y así redujo a todos sus adversarios a una situación de apuro y de incertidumbre. En efecto: había zarpado 8 del corazón de Etolia (ya lo afirmé más arriba)⁷⁶, cruzó en una sola noche el golfo de Ambracia y arribó a la isla de Léucade, donde se quedó un par de días. A la 9 madrugada del tercero se hizo de nuevo a la mar, durante la navegación devastó el litoral etolio y atracó en el Lequeo. Después marchó sin detenerse, para ocu- 10 par, al cabo de siete días, las colinas que flanquean la ciudad de Esparta, junto al Meneleo⁷⁷. La mayoría de los espartanos veía lo que acaecía sin acabar de darle crédito.

Aquel suceso tan inesperado aterró a los lacedemo- 11 nios, que, indecisos, no sabían qué hacer.

⁷⁶ Cf. capítulos 13-14.

⁷⁷ Las etapas de esta marcha pueden ser las siguientes: dos días de Léucade al Lequeo, un tercer día de descanso en Corinto, el día cuarto de Corinto a Argos, el día quinto de Argos a Tegea y dos días para alcanzar el Meneleo. Advierta el lector que no se dan notas de este tipo, las cuales abundan en Walbank, junto con la descripción de los dispositivos militares y la constitución de los ejércitos. Pero creemos que, a una traducción de este tipo, notas de tal carácter, que también se dan en los editores de Polibio de la colección francesa «Les Belles Lettres», pero más parcamente, son totalmente impropias. De modo que hemos querido ofrecer una a guisa de muestra, pero normalmente anotaciones de este tipo no aparecerán en nuestra traducción.

19 Filipo empezó por acampar junto a Amicla. El lugar de Lacedemonia que lleva este nombre tiene hermosas 2 arboledas y es muy fértil; dista de Esparta unos veinte 3 estadios. Existe allí un recinto de Apolo, en el que se alza el templo quizás más famoso de los que hay en Laconia. Amicla está situada, mirándola desde Esparta, 4 en la vertiente que da al mar. Al día siguiente, Filipo taló las campiñas y descendió hasta el llamado «Campo de Pirro». Durante dos jornadas recorrió y devastó los 5 parajes próximos y acampó en Carnio. Partió de allí y se dirigió a Asine, que atacó inútilmente, por lo que levantó el asedio; desde entonces hacía razzias y devastaba todo el país que se extiende hacia el mar de Creta ⁷⁸, 6 hasta el cabo Ténaro. Desvió de nuevo su ruta y realizó una contramarcha hacia las atarazanas de los espartanos, situadas en un lugar llamado Gitio. Este sitio tiene un puerto seguro y dista doscientos treinta ⁷⁹ estadios 7 de Esparta. No entró, sin embargo, en la plaza, que dejó a su derecha, y estableció sus reales en Helia, que es, en relación con el resto del país ⁸⁰, el territorio más 8 hermoso y más vasto de toda Laconia. Desde allí despachaba a grupos de forrajeadores, que incendiaban a mansalva los lugares y destruían las cosechas; estas partidas llegaron a Acrias, a Léucade e incluso al territorio de Bea ⁸¹.

⁷⁸ El mar de Creta era el que baña el N. de la isla, incluyendo el golfo de Laconia.

⁷⁹ Aquí los manuscritos griegos ponen, unánimemente, «treinta estadios», pero ya el editor Hultsch conjeturó «doscientos treinta», que es la distancia real que hay entre Gitio y Esparta, unos cuarenta y cinco kilómetros.

⁸⁰ Aquí traduzco según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc., y según la versión de Pédech. Pero el mismo Walbank anota otras interpretaciones posibles: a) «examinada en detalle», b) «tomada en su conjunto».

⁸¹ Sobre las poblaciones y lugares citados aquí: Gitio existe todavía hoy, aunque ligeramente desviado su emplazamiento

Los mesenios habían recibido los correos de Filipo ²⁰ referentes a aquella campaña. En cuanto a ardor, no cedían en nada a ninguno de los aliados, sino que pusieron todo su celo en la marcha. Enviaron la élite de sus hombres, unos dos mil soldados de a pie y doscientos jinetes. Pero su ruta era muy prolongada, y ello ² hizo que ya no alcanzaran a Filipo en Tegea; de momento quedaron desconcertados, sin saber qué hacer. Temerosos de dar la impresión de una mala voluntad, ³ debido a que ya antes habían levantado sospechas ⁸², emprendieron la marcha, a través de Argólide, hacia Laconia, con la intención de unirse al ejército de Filipo. Alcanzaron el fortín de Glimpo ⁸³, radicado en el mismo ⁴ límite entre Argólide y Laconia; acamparon allí de manera negligente e inexperta. En efecto, no rodearon su ⁵ campamento ni de un foso ni de un atrincheramiento, ni tan siquiera miraron por un emplazamiento estratégico; fiados en la adhesión de los naturales del país,

respecto de su sede antigua, junto a la población actual de Marathonisi. El Campo de Pirro, Carnio y Asine son poblaciones más dudosas. La primera debía de estar a un día de marcha de Amicla, en dirección sur; Carnio se debe de identificar, seguramente, con el templo de Apolo Carneio, en la actual colina de Knakadion; muy próxima a ella estaba Asine, identificada, con más certeza, con la población actual de Las. Helia estaba junto a la actual Kalyvia de Vezani; Acria, a treinta estadios de Helia, es la actual Kokinia, en el extremo nordeste del golfo Laconio. Para Léucade, cf. nota 36. Para la ubicación, a veces segura y a veces problemática, de estas plazas, cf. WALBANK, *Commentary*, pág. 554. De todas estas plazas *Weltatlas*, I, sólo contiene Asine, Bea y Acria. A esta expedición de Filipo se refiere el epigrama de la *Antología Palatina* VII 723:

«¡Lacedemonia! Jamás te viste vencida ni hollada,
pero hoy el humo se alzó olenio junto al cantil
del Eurotas; quejosas las aves su nido en tu limpia
tierra pondrán, mas no oirá el lobo el balar de una grey.»

⁸² Cf. IV 31.

⁸³ Cf. IV 36, 5.

se establecieron ingenuamente delante mismo de sus 6 murallas. Pero Licurgo, informado de la presencia de los mesenios, tomó a sus mercenarios y a algunos lacedemonios, y avanzó, ganó aquellos parajes al romper 7 el día y atacó audazmente el campamento⁸⁴. Los mesenios hasta entonces lo habían dispuesto todo pésimamente, y más que nada su marcha desde Tegea, pues no disponían de un número suficiente de hombres, ni se habían confiado a expertos; sin embargo, al menos en la lucha contra el enemigo atacante sacaron el máximo partido de la situación para ponerse a salvo. Así 8 que se apercibieron de la presencia del adversario, lo abandonaron todo y huyeron hacia el interior del territorio, lo cual ocasionó que Licurgo pudiera hacerse con 9 la mayoría de los caballos y con todo el bagaje. Pero no logró prender a ningún soldado de infantería y sólo mató a ocho jinetes.

10 Tras sufrir este desastre, los mesenios se replegaron hacia su país a través de Argos. Licurgo, envalentonado por aquel éxito, regresó de nuevo a Lacedemonia, e inició preparativos; asesorado por sus amigos, decidió impedir que Filipo saliera del país sin luchar y sin correr 12 peligro. El rey, por su parte, levantó el campo de Helia y se puso en marcha, al tiempo que devastaba el país; al cabo de cuatro días alcanzó de nuevo Amicla con todo su ejército, a cosa de mediodía.

21 Licurgo impartió las órdenes para la batalla a sus oficiales y a sus asesores. Él personalmente salió de la ciudad y ocupó posiciones junto al Meneleo; en total 2 disponía de no menos de dos mil hombres. Se había concertado con los que quedaban en la ciudad que atendieran al momento en que se diera la señal: entonces debían sacar al punto y por muchos lugares las tropas de dentro de la plaza y formarlas delante de los muros

⁸⁴ Es decir, hacia el E.

por la parte que da hacia el río Eurotas: por allí hay la menor distancia entre el río y la ciudad. Ésta era la 3 disposición de Licurgo y la de sus lacedemonios.

Para evitar que el desconoci- 4 miento de estas regiones convirtiera mi narración en algo vago e impreciso, se debe explicar su naturaleza y su configuración.

*Digresión topográfica.
Situación de Esparta*

Esto es lo que pretendemos hacer a lo largo de toda 5 la obra: unir y establecer como un paralelo entre los lugares desconocidos y los que tradicionalmente nos son familiares. La diversidad de los accidentes geográficos son causa de las derrotas en la mayoría de las 6 batallas, tanto terrestres como marítimas; por otro lado, lo que todos deseamos saber no es tanto lo que ocurrió, sino cómo ocurrió⁸⁵. De manera que no se debe 7 descuidar la descripción de los lugares en ninguna acción, y mucho menos bélica; ni hay que ser remiso en tomar como puntos de referencia puertos, mares o islas, o, a su vez, de otro modo, templos, montañas, regiones o topónimos⁸⁶, y, finalmente, los puntos car- 8

⁸⁵ El pasaje es oscuro; la traducción adoptada sigue a Schweighäuser, que parece la más segura: «quoniam enim et terra et mari res gerentibus plerisque ignorata locorum discrimina et proprietates sunt fraudi, nos autem optamus ut omnes qui nostra legent non tantum quid actum fuerit, sed potissimum quo modo quaeque res gesta sit, cognoscant...». Campe interpreta: «puesto que la mayor parte de combates en la guerra, tanto por mar como por tierra, no acabamos de entenderlos por ignorancia de la topografía». Drexler: «puesto que la mayor parte de reveses, por mar y por tierra, se explican por las diversas condiciones geográficas». Estas tres interpretaciones las tomo de PÉREZ, V, pág. 66 nota. Walbank no comenta este pasaje.

⁸⁶ Quizás la referencia sea a nombres de poblaciones con epítetos distintivos. En la Grecia antigua ciertos nombres se repetían mucho. Polibio reemprende aquí un tema ya tratado en III 36-38, pero añade las reglas para pasar de lo conocido a lo desconocido.

dinales, pues éstos son lo más familiar a los hombres.

9 En efecto, sólo así es posible proporcionar a los lectores un conocimiento de lo que de otro modo ignorarían.

10 Es algo que ya declaramos más arriba. He aquí las características de la región que tratamos ahora.

22 Esparta posee, en su conjunto, una configuración circular y está asentada en una llanura accidentada en alguna parte por colinas e irregularidades del terreno.

2 Por su lado oriental discurre un río, de nombre Eurotas, casi siempre infranqueable, debido a su caudal.

3 Los altozanos sobre los que está el Meneleo se yerguen al otro lado del río, a poniente de la ciudad: son abruptos, empinados y extraordinariamente altos; desde ellos se domina totalmente el espacio intermedio entre la

4 ciudad y el río, que fluye por la misma raíz de la colina; la anchura de este espacio es no mayor que un estadio y medio.

5 *Filipo debía replegarse forzosa- mente por ahí: a su izquierda quedaba la ciudad y los lacedemonios formados y dispuestos; a la derecha tenía el río y los hom-*

Filipo derrota al ejército espartano

bres de Licurgo apostados en las cimas de las colinas.

6 Además, los lacedemonios habían añadido a las condiciones del país la estratagema de construir un dique corriente abajo, con lo cual las aguas inundaron los terrenos que había entre las colinas y la ciudad; el suelo, empapado, imposibilitaba la penetración en él no sólo de los caballos, sino aun de los soldados de

7 infantería. La única solución que quedaba a Filippo era conducir el ejército por las laderas, al pie de las colinas; pero por allí resultaba difícil recibir apoyo, y su larga columna quedaba expuesta al enemigo.

8 El rey veía todo esto y, asesorado por sus amigos, creyó que en aquellas circunstancias lo más urgente era expulsar, antes que a los demás, a los hombres de Li-

curgo de las posiciones que ocupaban junto al Meneleo. Tomó, pues, a sus mercenarios y a sus peltastas⁸⁷, tam- 9 bién a los ilirios, cruzó el río y avanzó en dirección a las colinas. Licurgo adivinó las intenciones de Filippo: 10 dispuso a los soldados que estaban con él y les arengó para la batalla; al punto hizo la señal convenida a los de la ciudad. Ante este signo, los oficiales a quienes in- 11 cumbía sacaron rápidamente a las milicias ciudadanas fuera de las murallas, según las órdenes recibidas, y situaron la caballería en el ala derecha.

Filipo efectuó una aproximación hacia los hombres 23 de Licurgo e, inicialmente, lanzó sólo a sus mercenarios⁸⁸. Ello hizo que de momento los lacedemonios 2 combatieran con más brillantez, porque eran muy superiores por su armamento y por la configuración del terreno. Pero luego Filippo mandó a los peltastas en apoyo 3 de los que batallaban: constituían la reserva. Rebasó a los enemigos con sus ilirios, que cargaron contra los flancos adversarios. Alentados por los ilirios y por la 4 reserva de los peltastas, los mercenarios de Filippo redoblaron su coraje en la contienda; los hombres de Licurgo, por el contrario, desmoralizados ante la acometida de la infantería pesada, cedieron y se lanzaron a la fuga. Murieron alrededor de cien y cayeron prisio- 5 neros casi otros tantos; el resto logró refugiarse en la ciudad. Licurgo mismo marchó campo a través y llegó a la ciudad por la noche, acompañado de unos pocos. Filippo ocupó las colinas⁸⁹ con sus ilirios y con sus pel- 6 tastas, y su infantería ligera se reintegró al grueso de su ejército. A la sazón, Arato había salido de Amicla con 7 la falange, y se hallaba ya no lejos de Esparta. Filippo 8

⁸⁷ Una combinación típica de fuerzas de choque.

⁸⁸ Son los de 22, 9.

⁸⁹ Son las colinas de la orilla derecha del Eurotas, sobre las que se asienta Esparta todavía hoy.

cruzó el río, se quedó allí con su infantería ligera y sus peltastas, y también con su caballería hasta que su infantería pesada salvó sin dificultades la angostura pasando por el pie mismo de las colinas. Los defensores de la ciudad se lanzaron a un cuerpo a cuerpo con la caballería que cerraba la marcha, y la lucha se generalizó. Los peltastas se batieron corajudamente, y en aquella ocasión Filipo alcanzó clara ventaja: acosó a los jinetes lacedemonios hasta las puertas de su ciudad, tras lo cual vadeó sin riesgos el Eurotas y se situó en la retaguardia de su propia falange.

24 El día era ya muy avanzado, y Filipo se vio obligado a acampar allí mismo, de modo que plantó sus reales en la salida del desfiladero. Por pura casualidad sus oficiales habían elegido para la acampada un lugar como no encontraría otro que se propusiera hacer una incursión contra el territorio de la Laconia y aun contra su capital. En efecto: en la propia entrada de los desfiladeros en cuestión, el que llega de Tegea o, en general, de tierra adentro y se aproxima a Lacedemonia se encuentra con un paraje distante de la ciudad dos estadios como mucho, situado encima mismo del río. La parte orientada hacia la ciudad y el río está totalmente rodeada por una escarpadura formidable y totalmente inaccesible. Sin embargo, las tierras que coronan estas fragosidades son llanas, húmedas y campales, y admirablemente situadas para hacer entrar o salir a través de ellas un ejército. El que, dueño del altozano que lo domina, acampa en este lugar, da la impresión cierta de haberlo hecho en un sitio seguro⁹⁰: la ciudad está cerca,

⁹⁰ El texto griego es seguro, pero la afirmación de Polibio parece absurda: la proximidad de Esparta representaba un peligro, no una seguridad para un ejército enemigo acampado en este lugar. Lo probable es que haya un fallo de un copista que ha alterado sustancialmente el texto, y que Polibio escribiera lo contrario, aun admitiendo la comodidad que representa atacar

y además muy cómodo, ya que controla la entrada y la salida del desfiladero.

Filipo, pues, acampó aquí sin riesgo alguno. Al día siguiente mandó que le precedieran sus bagajes, y él formó a sus tropas en la llanura; los habitantes de la ciudad lo veían perfectamente. Aguardó allí algún tiempo; después imprimió a su formación un movimiento rotatorio hacia una de las alas y guió su marcha en dirección a Tegea. Llegó al sitio en el que Antígono y Cleómenes habían librado la batalla y acampó allí. Al día siguiente exploró los terrenos, ofreció sacrificios a los dioses en cada una de las dos colinas (una se llama Olimpo, y la otra Evas) y luego siguió el avance, tras reforzar su retaguardia. Llegó a Tegea, donde vendió todo el botín, después hizo una marcha a través de Argos y se presentó con sus fuerzas en Corinto. Estaban allí unos embajadores rodios y otros quietas, llegados para tratar de poner fin a la guerra. Entabló negociaciones con ellos y les manifestó, en sus respuestas, que él entonces, y ya mucho antes, estaba dispuesto a una avenencia con los etolios. Despachó, pues, a estos legados con el encargo de que trataran de la paz con ellos. Y él bajó hasta Lequeo y se preparó para hacerse a la mar: debía resolver asuntos importantes en Fócide.

Por aquel entonces, Leontio, Megaleas y Ptolomeo⁹¹ creían todavía que podían intimidar a Filipo y reparar de este modo sus errores de antes. Se dedicaron, pues, a explicar a los peltastas y a los componentes del

Esparta desde aquel lugar. PÉDECZ, V, pág. 70, en nota, indica varias soluciones textuales posibles, pero ninguna satisface plenamente. Más resumido, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁹¹ Este Ptolomeo sale aquí por primera vez y de un modo muy fugaz. No sabemos exactamente quién era, pero se debía de tratar de un oficial de alto rango, antifilipista.

2 cuerpo llamado entre los macedonios *agēma*⁹² que, siendo ellos los que corrían los mayores riesgos, se les trataba injustamente y no percibían lo que, según costumbre, les correspondía del botín. Ello llenó de indignación a los soldados, que se amotinaron y empezaron a ex-
3 liar los alojamientos de los cortesanos más conspicuos, a reventar las puertas e, incluso, a destruir la techum-
4 bre del palacio real. Ante estos sucesos, toda la ciudad estaba llena de clamor y de confusión. Filipo, debidamente informado, partió a toda prisa de Lequeo y
5 corrió a la capital. Reunió en el teatro a los macedonios, a los que aconsejó, sin dejar por eso de reprocharles
6 sus acciones. Se produjo un gran alboroto y perplejidad, pues unos creían que lo debido era detener y juzgar a los culpables, mientras que otros pensaban que conve-
7 nía perdonarles y no infligirles ningún castigo. El rey dejó entrever que éstos le habían convencido, dirigió a todos unas palabras de admonición y se fue. Sabía bien quiénes eran los cabecillas del movimiento, pero ante las circunstancias fingió ignorarlo.

26 Este tumulto dio al traste con la oportunidad que se había presentado, de dar un golpe de mano contra
2 Fócide. Leontio perdió totalmente las esperanzas que hasta entonces había abrigado, porque ninguno de sus planes había prosperado, por lo que recurría a Apeles y le mandaba continuamente mensajes para que regresara de Calcis: aducía la mala situación en que se encontraba y las dificultades que le ocasionaban sus dife-
3 rencias con el rey. Pero, en Calcis, Apeles se había
4 irrogado poderes que rebasaban sus atribuciones; lo explicaba diciendo que el rey era muy joven todavía, que en la mayor parte de asuntos dependía prácticamente de él y que no ejercía su imperio; se atribuía

⁹² La *Agema* era un cuerpo escogido de peltastas, compuesto por dos mil hombres.

a sí mismo la dirección de los asuntos y la potestad de todo. Esto hacía que los magistrados y los gobernantes
5 de Macedonia y de Tesalia le remitieran a él las cuestiones y que las ciudades de Grecia, en sus decretos, concesión de honores y en sus donaciones, casi ni hicieran mención del rey; para ellas, Apeles lo era todo. Enterado Filipo de ello desde hacía mucho tiempo, lleva-
6 ba a mal lo que ocurría, y aún más porque Arato estaba a su lado, quien perseguía enérgicamente el logro de sus propósitos. De momento Filipo se aguantaba, y nadie pudo adivinar hacia dónde se encaminaba ni cuál era su intención. Apeles, ignorante de lo que se pensaba
7 acerca de él y persuadido de que si se entrevistaba con Filipo, lo ordenaría todo según su parecer, corrió desde Calcis en ayuda de Leontio. Cuando hubo llegado a Co-
8 rinto, Leoncio, Ptolomeo y Megaleas, jefes de los peltastas y de los demás cuerpos más destacados, pusieron gran empeño en estimular a los jóvenes para que le tributaran un gran recibimiento. Tras una recepción
9 teatral, debida al gran número de oficiales y soldados que le salieron al encuentro, Apeles, así que llegó, se personó en la estancia regia. Iba ya a penetrar en ella
10 según una costumbre inveterada, pero un ujier, que cumplía órdenes, le impidió el paso, afirmando que el rey estaba ocupado. Apeles no esperaba esto, que le
11 confundió y desconcertó largo rato; al final se volvió y se fue. Y los demás le dejaron al instante sin ninguna clase de disimulo, de manera que acabó por retirarse a sus aposentos, acompañado sólo de sus servidores. Pues es muy breve el lapso de tiempo que encumbra a
12 los hombres por todo lo alto y luego los humilla. Esto pasa más que a nadie a los cortesanos, semejantes de
13 verdad a las fichas del ábaco⁹³, que, al albur del que

⁹³ El ábaco era una tablilla para el cálculo; tenía unas ranuras que representaban las unidades, decenas, centenas, etc.;

echa las cuentas, valen una moneda de cobre o un talento; los cortesanos, si el rey les da su asentimiento, son felices para luego, al cabo de un momento, caer en desgracia. Megaleas comprobó que el apoyo que esperaban de Apeles les salía al revés, se llenó de pavor y se dio a la huida. Apeles, ciertamente, participaba en las recepciones y en todos los honores, pero era sistemáticamente excluido de los consejos y del trato cotidiano con el rey. Este, en los días siguientes, se hizo a la mar otra vez desde Lequeo para sus operaciones en Fócide y mandó que Apeles le acompañara. Pero fracasó en su empresa y se retiró de nuevo a Elatea⁹⁴.

27 Entonces Megaleas huyó a Atenas, tras dejar a Leontio como fiador de los veinte talentos que adeudaba. Los generales residentes en Atenas no le admitieron, y se vio forzado a regresar a Tebas. El rey zarpó de Cirra⁹⁵ y navegó con sus soldados armados de escudo hasta el puerto de Sición⁹⁶. Desde allí subió a la ciudad, declinó la invitación de los magistrados y se alojó en la residencia de Arato, con quien compartió todo su tiempo; a Apeles le ordenó navegar de regreso a Corinto. Conocedor ya de la huida de Megaleas, el rey envió a los peltastas que antes mandara Leontio a Trifilia, a las órdenes de Taurión; fingió, para ello, una necesidad urgente. Cuando los peltastas ya hubieron partido, ordenó encarcelar a Leontio, ello en calidad de fianza. Pero los peltastas supieron lo que ocurría, ya que Leon-

haciendo pasar fichas por las ranuras se podían efectuar operaciones aritméticas simples.

⁹⁴ Esta ciudad es la más importante de Fócide.

⁹⁵ Cirra está junto a la actual Magoula, en la entrada del golfo de Corinto, al S. de Etolia.

⁹⁶ Sición había sido destruida en el año 303 por Demetrio Poliorketes y reedificada a tres kilómetros de distancia, tierra adentro. En el emplazamiento antiguo queda sólo el puerto y un arsenal marítimo.

tio consiguió remitirles un enviado, y entonces ellos dirigieron intercesores al rey, a pedirle que si la detención de Leontio obedecía a alguna otra razón, no se le juzgara de las acusaciones si no era ante ellos, de lo contrario todos se considerarían desdeñados y menospreciados en bloque. Los macedonios, en efecto, siempre gozaron de esta libertad de palabra ante sus reyes. Pero si se trataba de la fianza de Megaleas, ellos mismos aportarían el dinero a escote y la abonarían. El rey, enfurecido por el aprecio que los peltastas mostraban para con Leontio⁹⁷, mandó ejecutarle antes del tiempo en que se lo había propuesto.

Los enviados de Rodas y de Quíos regresaron procedentes de Etolia: habían establecido una tregua de treinta días, y declararon que los etolios se avenían a concluir una paz. Habían fijado un día, en el que solicitaban de Filipo que se presentara en Río⁹⁸; los etolios, por su parte, prometían que iban a hacerlo todo a condición de obtener el fin de la guerra. Filipo aceptó la tregua y escribió a los aliados con la indicación de que enviaran a Patras unos comisionados que deliberarían con él sobre el tratado a concluir con los etolios. Él partió de Lequeo y al cabo de dos días arribó a Patras. Precisamente entonces interceptó unas cartas enviadas desde Fócide por Megaleas a los etolios; contenían una exhortación a éstos para que no perdieran el ánimo y perseveraran en la guerra; Filipo, afirmaba, faltó totalmente de recursos, estaba en las últimas. Encima, estas cartas acusaban al rey y le injuriaban en tono pendercero. Filipo las leyó, se convenció de que detrás de todas estas ruindades estaba Apeles; le puso bajo custodia y le mandó sin dilación a Corinto, junto con su hijo y su favorito. También mandó a Alejandro⁹⁹ a

⁹⁷ Leontio tenía derecho a ser juzgado por un tribunal militar.

⁹⁸ Cf. la nota 17 del libro IV.

⁹⁹ Este Alejandro es el que sale en IV 87, 5.

Tebas, a prender a Megaleas, para que respondiera de la fianza delante de los jueces. Alejandro cumplió las órdenes, pero Megaleas se suicidó sin esperar el cumplimiento de la orden. Aquellos mismos días, más o menos, murieron Apeles, su hijo y su favorito. De este modo, estos hombres dieron con el fin desgraciado del que se habían hecho acreedores; dejaron de existir principalmente por la desvergüenza con que habían tratado a Arato.

29 *Prosecución de la guerra hasta el fin del invierno del año 217*

2 A los etolios, agobiados por la guerra, les urgía concluir la paz, tanto más cuanto que las operaciones les salían contra lo que habían planeado. Creían que al encontrarse con Filipo lo harían con un niño, con un chiquillo, por su edad y su inexperiencia, y dieron con un hombre cabal tanto en sus proyectos como en sus realizaciones; fueron ellos los que se mostraron despreciables y pueriles tanto en su política general como en sus iniciativas parciales. Así que les llegó la noticia del tumulto de los peltastas y de la muerte de Apeles y Leontio, creyeron que en la corte de Filipo se produciría una revuelta dura y difícil, y así iban difiriendo y aplazando el día prefijado en Río. Filipo, por su parte, aprovechó complacido este pretexto: en cuanto a la guerra, abrigaba confianza y, puesto que ya de antemano proyectaba no aceptar una avenencia, intimó a los aliados presentes que no se aprestaran a la paz, sino a la guerra. Él zarpó de nuevo y navegó hasta Corinto. Licenció a todos sus macedonios para que atravesaran Tesalia y se fueran a sus casas a pasar el invierno. Se hizo a la mar en Cencreas¹⁰⁰. Costeó el Atica por el Euripo¹⁰¹

¹⁰⁰ Para Cencreas, cf. nota 164 del libro II.

¹⁰¹ El Euripo es un estrecho brazo de mar entre la isla de Eubea (hoy Negroponto) y el continente, a la altura de Calcis.

y abordó en Demetrias¹⁰², donde mandó ejecutar a Ptolomeo, tras someterle al juicio de un tribunal macedonio. Era el que quedaba todavía de la facción de Leontio.

Era el tiempo en que Aníbal, lanzado ya sobre Italia, había acampado frente a las legiones romanas no lejos del río llamado Po. Antíoco había sometido la

mayor parte de Celesiria y se dirigió, de nuevo, a invagnar; por miedo a los éforos, el rey Licurgo huyó de Lacedemonia a Etolia; resultó que los éforos habían recibido una denuncia calumniosa, según la cual Licurgo iba a dar un golpe de estado; congregaron de noche a la juventud y se dirigieron a la residencia del rey, pero éste, avisado de antemano, logró escapar, acompañado de sus servidores.

Sobrevino el invierno y el rey Filipo se retiró a Macedonia. El general de los aqueos, Epérato, era objeto de burlas por parte de las milicias ciudadanas; los mercenarios no le hacían ningún caso. Nadie obedecía sus órdenes y la defensa del país estaba absolutamente descuidada. Pirrias¹⁰³, el general que los etolios habían mandado a Élide, se apercibió de ello. Tenía a su mando mil trescientos etolios, los mercenarios pagados por los eleos y, además, un millar de soldados ciudadanos y doscientos jinetes; en total unos tres mil hombres. Devastaba continuamente no sólo el país de Dime y el de Farea, sino incluso el de Patras. Acabó por acampar en las alturas de un monte llamado Panaqueo¹⁰⁴, en

¹⁰² Puerto de la región de Magnesia, situado en el fondo del golfo Pagasético.

¹⁰³ Este Pirrias, del que no sabemos prácticamente nada, evidentemente sucedió a Agelao y a Escopas. Aquí se le llama general a título personal; el generalato por elección, lo ejerció en los años 210/209.

¹⁰⁴ El monte Panaqueo (hoy Voidiá), de 1900 metros de altura, al SO. de Patras.

posición dominante sobre la ciudad de Patras, y taló
 5 todo el país que desde Río desciende hacia Egipto. En
 consecuencia, las ciudades, maltratadas y sin recibir
 ayuda, abonaban de mala gana los impuestos, y los solda-
 dos, al ver que se les difería el abono de sus pagas,
 efectuado siempre con retraso, no se prestaban en ab-
 6 soluto a intervenir. Había, pues, represalias mutuas;
 las cosas iban de mal en peor y, al final, el cuerpo de
 mercenarios se disolvió. Todo esto ocurrió por la in-
 7 capacidad de Epérato, el general. La situación de los
 aqueos era la que se ha descrito, y al finalizar su período
 de mando, Epérato lo resignó; los aqueos nombraron
 general a Arato el Viejo; era a principios de verano. Y
 ésta era la situación de Europa.

8 Ahora que hemos llegado a un punto oportuno tanto
 en la secuencia temporal como en las líneas generales
 de nuestra exposición de los acontecimientos, vamos a
 trasladarnos a los hechos de Asia ocurridos en la mis-
 ma olimpiada que los ya descritos; se hará de ellos la
 narración correspondiente.

31 *Historia de Asia; Prosiguiendo, pues, el plan ini-*
predámbulo sobre el cial, nos proponemos ahora expo-
método cronológico y ner, primeramente, la guerra que
la composición de una estalló entre Antíoco y Ptolomeo
*historia general por Celesiria*¹⁰⁵. Sabemos muy
 2 bien que, en esta época en la que interrumpimos la
 narración de los hechos de Grecia, esta guerra no se
 había decidido ni acabado; sin embargo, realizamos in-
 tencionadamente esta detención en el curso del relato.
 3 Estamos convencidos de que hemos proporcionado a
 los estudiosos conocimientos suficientes para evitar
 que en sus lecturas de los hechos parciales yerren en
 su datación: hemos recordado el inicio y el acaba-
 miento de cada uno, los sucesos de Grecia que les fue-

¹⁰⁵ Cf. III 2, 4.

ron paralelos en la olimpiada respectiva y el tiempo de
 ésta en que ocurrieron. Pensamos, en efecto, que la 4
 claridad y la facilidad de asimilación exigen, en esta
 olimpiada, por encima de todo, no mezclar las acciones
 indiscriminadamente, antes bien, separarlas y distinguir-
 las hasta donde sea posible, hasta haber alcanzado la 5
 olimpiada siguiente; entonces empezaremos a narrar
 por años las acciones según hayan sucedido simultá-
 neamente. Nuestro propósito no consiste en exponer 6
 algunos hechos, sino una historia general: nuestro in-
 tento al redactar la historia es más ambicioso que el
 de nuestros antecesores, es el máximo, por así decirlo,
 como ya hemos aclarado anteriormente en algún otro
 lugar¹⁰⁶. Esto exige poner el máximo cuidado en la 7
 composición y distribución de la materia, para que la
 ordenación de nuestra obra resulte inteligible tanto
 en los detalles como en el conjunto. Así se explica este 8
 pequeño retroceso hacia los reinados de Antíoco y Pto-
 lomeo: en la narración ahora subsiguiente pretendemos
 arrancar de unos inicios conocidos y concordantes,
 método éste el más necesario¹⁰⁷.

Ya los antiguos afirmaban que el principio es la 32
 mitad de toda la obra¹⁰⁸ y aconsejaban poner la máxima
 diligencia, precisamente, en comenzar bien cualquier
 trabajo. Quizás dieran la impresión de exagerar, pero 2
 a mí me parece lo contrario, que no llegaban al fondo
 de la cuestión. Pues se puede asegurar, sin temor a equi-
 vocarse, que el principio no sólo es la mitad del todo,

¹⁰⁶ Cf. I 4, 24.

¹⁰⁷ Polibio ha explicado aquí el método cronológico y la
 aplicación a su obra. Lo que aquí anuncia se cumplirá en este
 mismo libro, caps. 34-57: a) primeros años del reinado de Pto-
 lomeo Filopátor (34-40, 4), b) inicios del reinado de Antíoco (40,
 5-57).

¹⁰⁸ Esta idea se encuentra, por primera vez en la literatura
 griega, en Heródoto, *Trabajos y Días* 40.

3 sino que, además, se extiende hasta el final. En efecto: ¿cómo sería posible iniciar correctamente lo que sea sin tener ya presente en el pensamiento el desenlace de la empresa, sin conocer ni el cómo, ni el cuándo, ni la finalidad, ni el lugar de aquello que, quien sea, se propone realizar? Aún más: ¿cómo sería factible recapitular debidamente los temas, si no nos remontamos al principio y examinamos la causa, el punto de partida y la finalidad que nos han llevado hasta determinadas acciones? De modo que, convencidos de que el inicio no sólo alcanza la mitad de la obra, sino que llega hasta el final, tanto los autores como los lectores de historias universales deben poner su máximo esmero en el principio. Que es lo que ahora, ciertamente, intentaremos hacer.

33 No ignoro, naturalmente, que son muchos más los autores que hacen afirmaciones paralelas a la mía, dicen que redactan una historia universal y que han acometido una empresa superior a la de todos sus antecesores. 2 A excepción de Éforo¹⁰⁹, el primero y el único que realmente se ha propuesto confeccionar una historia universal, omitiré mencionar el nombre y aún más, decir algo acerca de los otros; solamente recordaré que, entre nosotros, algunos historiadores que han compendiado en tres o cuatro páginas la guerra entre romanos y cartagineses, afirman por ello haber compuesto una historia universal. 4 ¿Pero quién es tan ignorante que desconozca que entonces en África y en España, en Sicilia y en Italia se llevaban a cabo las empresas más numerosas e importantes y, además, la guerra contra Aníbal, la más conocida y prolongada, si se exceptúa la siciliana¹¹⁰, guerra que nos vimos obligados a observar

¹⁰⁹ Cf. nota 51 del libro IV. Polibio siente verdadero aprecio por este historiador, al que estudia ampliamente en el libro XII.

¹¹⁰ La primera guerra púnica. (Cf. I 13, 3; 13, 10.)

todos¹¹¹, por su importancia y por temor a las consecuencias que pudo reportarnos? Hay autores que no han llegado ni tan siquiera a lo que en las cronografías redactan, según las ocasiones, los escribanos de la ciudad en los muros oficiales¹¹², y afirman haber abarcado todos los hechos de Grecia y de los países no griegos. La causa de esto radica en que es muy fácil atribuirse, de palabra, los máximos trabajos; es difícil, en cambio, llevar a la práctica tales realizaciones, aunque sean unas pocas. Lo primero está ahí, en medio, y es algo accesible a todos los que, por así decir, son capaces de tal audacia, pero lo segundo se da raramente, y son pocos, en esta vida, los que lo han coronado con el éxito. Me ha inducido a declarar todo esto la fanfarronería de los que se engríen de sí mismos y de sus obras. Pero ahora regreso al punto en que interrumpí mi exposición.

Ptolomeo, el llamado Filopátor, así que murió su padre, eliminó a su hermano Magas¹¹³ y a sus partidarios y se hizo con el poder en Egipto. Creía que se había deshecho de peligros internos por sí mismo y por el crimen aludido y que, encima, la Fortuna le había libra-

¹¹¹ Seguramente «todos los griegos», pero Polibio no es más explícito.

¹¹² La alusión de Polibio es oscura. WALBANK, *Commentary*, ad loc., discute ampliamente este pasaje, para llegar a la conclusión de que se trataba de inscripciones públicas que relataban la versión oficial de la historia de la ciudad. No es enteramente rechazable la sugerencia de PÉRECH, *Polybe, V*, pág. 81, nota, de que se tratara simplemente de archivos oficiales, como los que el mismo Polibio pudo haber visto en Roma. Más que todo sugiere esto la expresión «a lo que en las cronografías redactan», palabras que Walbank atetiza sin razón suficiente.

¹¹³ Magas fue uno de los cuatro hijos de Ptolomeo III Evergetes y de Berenice, hija de Magas de Cirene. Fue asesinado en fecha incierta a instigación de Sosibio (XV 25, 2).

do de riesgos exteriores, pues Antígono y Seleuco ¹¹⁴ habían muerto. Antíoco y Filippo, que acababan de acceder a sus imperios respectivos, eran muy jóvenes, casi casi unos niños; confiado, pues, en tales circunstancias, se tomó el imperio de manera excesivamente fastuosa. Era inabordable para sus cortesanos y, además, negligente, y no sólo para ellos, sino para los restantes gobernadores de Egipto: para con los encargados de los asuntos exteriores egipcios se mostraba remiso e indiferente. Aquí, precisamente, sus antecesores habían puesto una atención no menor, sino, muy al contrario, mayor que la que dedicaban al mismo gobierno del país, de modo que, debido a su dominio efectivo sobre Chipre y Celesiria ¹¹⁵, podían amenazar, por mar y por tierra, a los reyes de Siria; acechaban al mismo tiempo a los monarcas asiáticos y, asimismo, a las islas ¹¹⁶ por el mero hecho de controlar las ciudades, puertos y parajes más importantes en la zona costera que va de Panfilia al Helesponto, y también por haber sometido la región de Lisimaquia. Vigilaban también los asuntos de Tracia y de Macedonia, puesto que eran dueños de las ciudades de Enos y Maronia, y aun de otras más distantes. Esta realidad, la de tener tan extendidos sus brazos de este modo, la de haber puesto delante suyo, y a distancia, tantos reinos, lograba que jamás debieran angustiarse por el imperio de Egipto. Era, pues, lógico,

¹¹⁴ Antígono murió en julio del 221 y Seleuco, a fines del 223 a. C. Cuando Filippo V le sucedió tenía diecisiete años y Antíoco, diecinueve.

¹¹⁵ Por Celesiria los griegos originariamente entendieron la larga depresión que hay entre el Líbano y el Antilíbano, a continuación de la cual estaban el valle de Libani, el valle del Jordán y el Mar Muerto. Pero, después, el término se hizo más vago y señalaba, en conjunción con el nombre de «Fenicia», toda el área que hay entre Egipto y Cilicia.

¹¹⁶ Después de la caída de Demetrio Poliorcetes en 285 a. C., Ptolomeo I controló la mayoría de las islas del Mar Egeo.

el gran empeño que ponían en sus asuntos exteriores. Pero el rey citado administró todos estos negocios sin ningún interés por culpa de sus amoríos indecentes y de sus borracheras absurdas y continuas; naturalmente, bastó poco tiempo para que le surgieran asechanzas, no pocas en verdad, contra su vida y contra su imperio. El que las inició fue Cleómenes de Esparta ¹¹⁷.

Cleómenes, en efecto, mientras vivió Ptolomeo el llamado Evérgetes, con quien se había aliado políticamente con un acuerdo y con garantías ¹¹⁸, se mantuvo a la expectativa, confiando siempre en que este monarca le proporcionaría la ayuda necesaria para recuperar el reino de su padre. Pero Ptolomeo murió y, a medida que transcurría el tiempo, las circunstancias de Grecia clamaban por Cleómenes: casi decían su nombre. En efecto: Antígono había muerto ¹¹⁹, los aqueos estaban en guerra, el odio ¹²⁰ que contra ellos y los macedonios sentían había hecho que etolios y lacedemonios se coaligaran, todo lo cual secundaba ya desde el primer momento los proyectos y los planes de Cleómenes, a quien entonces le apremiaba todavía más darse prisa y salir de Alejandría. Primero gestionó con tenacidad que Ptolomeo le enviara con un ejército convenientemente pertrechado. Desatendido, pidió y suplicó que le permitiera marchar acompañado únicamente de sus servidores, pues la situación le ofrecía recursos suficientes para recuperar el reino de su padre. Pero el rey ni se atuvo a ninguna de estas razones ni previó lo

¹¹⁷ Tras el desastre de Selasia, Cleómenes, rey de Esparta, se refugió en la corte de Ptolomeo III, en Alejandría (II 69, 11). PLUTARCO narra también lo que va a seguir aquí y aun con más detalle (*Cleómenes* 31-39).

¹¹⁸ Cf. II 51, 2.

¹¹⁹ Antígono murió poco después de la batalla de Selasia (cf. II 70, 6, pero Polibio no habla aquí para nada de Cleómenes).

¹²⁰ Cf. IV 16, 5.

que podía suceder: por las causas mencionadas de un modo estúpido e irracional siempre se hizo el sordo a
 7 Cleómenes. Sosibio ¹²¹, que entonces era el que, más que otros, ejercía el control del gobierno, reunió un consejo, en el que se tomaron las siguientes decisiones,
 8 por lo que a Cleómenes se refería. Juzgaban impropio enviarle con una escuadra equipada debidamente, porque no les interesaban nada los asuntos exteriores; la muerte de Antígono les hacía pensar que cualquier
 9 gasto en este aspecto iba a ser inútil. Se temían, además, que, tras la muerte de Antígono, no quedara en Grecia nadie que estuviera militarmente a la altura de Cleómenes, por lo cual éste lograría someterla sin excesivo esfuerzo y se les convertiría en un antagonista
 10 duro y difícil: había observado a fondo la situación, despreciaba al rey y había podido comprobar que muchas provincias del reino distaban enormemente entre sí y que en todas partes había muchos cabos sueltos, lo cual podía ofrecer ocasiones estupendas para
 11 intervenir. En Samos había muchas naves dispuestas, 12 y en Éfeso, un gran número de soldados. Todas estas causas les hicieron desestimar su petición de mandarle un ejército pertrechado. Pero tampoco creían conveniente menospreciar a un hombre de su talla y dejarle partir, cuando era evidente que les iba a ser hostil y ad-
 13 versario. La única solución que quedaba era retenerle contra su voluntad, pero también ésta fue rechazada por acuerdo unánime, y sin discusión; creían poco seguro que el león y los corderos estuvieran juntos en el aprisco. Quien más temía esto era Sosibio, por la causa que sigue.

36 Cuando se tramaban los asesinatos de Magas y de Berenice ¹²², los conspiradores, temerosos de fracasar

¹²¹ Sosibio, hijo de Dioscórides, fue un personaje importante durante el reinado de Ptolomeo IV Filopátor.

¹²² Esta Berenice, madre de Magas y de Ptolomeo IV Filo-

en su intento, principalmente por la audacia de Berenice, se vieron obligados a lisonjear a todos los cortesanos, y a hacer concebir esperanzas si las cosas se desarrollaban según su voluntad. Entonces Sosibio se
 2 apercibió de que Cleómenes, si bien necesitaba del apoyo de los reyes ¹²³, era hombre de prudencia poco común, y muy clarividente para ver la realidad de las cosas. Le hizo abrigar, pues, grandes ilusiones, y al propio tiempo le comunica sus planes. Cleómenes vio,
 3 por su parte, que Sosibio andaba vacilante, porque temía grandemente a los extranjeros y a los mercenarios ¹²⁴. Y le hizo cobrar ánimos: le prometió que ningún mercenario le haría el menor daño, antes bien, le serían
 4 útiles. Sosibio aún se admiró más ante tamaño anuncio, y Cleómenes exclamó: «¿No te das cuenta de que entre los mercenarios hay casi tres mil peloponesios y un millar de cretenses? Sólo con que yo les haga un signo
 5 de mi anuencia, todos se prestarán a apoyarte. ¿Si todos éstos se te unen, a quiénes temes? ¿No será claro —prosiguió— que a los soldados sirios o a los carios?»
 Sosibio escuchó esto muy complacido, y redobló su
 6 ánimo en lo referente a la acción contra Berenice. Junto
 7 con esto constataba también la indiferencia del rey, tenía muy en cuenta la audacia de Cleómenes y la adhesión de los mercenarios a la persona de éste. Sosibio,
 8 pues, instaba entonces aún más, con el máximo empeño, al rey y a la corte para que Cleómenes fuera detenido

pátor, en su juventud había hecho asesinar a su prometido Demetrio el Bello, lo cual, naturalmente, le confirió una mala reputación que ya no se quitó nunca de encima.

¹²³ Es decir, de Ptolomeo IV Filopátor y de su mujer Arsínoe. Esta jugaba un papel importante en la corte de Egipto, como se puede constatar en el episodio de Agatocles, al final del libro XV.

¹²⁴ El texto es traducción rigurosa del griego, pero podría significar, simplemente, «de los mercenarios extranjeros», como traduce Paton.

9 y encerrado. Para lograr tal propósito se valió de la siguiente estratagema:

37 Había un tal Nicágoras de Mesenia, que era huésped paterno de Arquidamo¹²⁵, el rey de los lacedemonios. Antes de la época mencionada el trato entre ambos personajes no era muy frecuente, pero cuando Arquidamo se vio obligado a huir de Esparta por el temor que le infundía Cleómenes, y acudió a Mesenia, Nicágoras no sólo le ofreció cordialmente hospitalidad a él y a los suyos, sino que, debido al trato continuo, surgió entre ambos una simpatía y amistad mutuas verdaderamente profundas. Algún tiempo después Cleómenes dejó entrever una esperanza de vuelta y reconciliación con Arquidamo, y Nicágoras se entregó de lleno a 4 enviar negociadores que pactaran las garantías. Ratificadas éstas, Arquidamo regresó a Esparta, fiado en 5 los tratos que había concluido Nicágoras. Pero Cleómenes le salió al encuentro y le mató; perdonó la vida 6 a Nicágoras y a los que le acompañaban. Externamente Nicágoras fingía gratitud a Cleómenes porque le había salvado, pero en su interior llevaba muy a mal lo sucedido, pues se consideraba a sí mismo causante de la 7 muerte del rey. Este mismo Nicágoras había navegado poco tiempo antes hasta Alejandría con un cargamento 8 de caballos. Al bajar de la nave se encontró con Cleómenes y con Panteo, acompañados de Hipitas¹²⁶, que paseaban por el puerto, junto a los mismos muelles. 9 Cleómenes le vio, fue a su encuentro, le saludó cordialmente y le preguntó por el motivo de su presencia. 10 Nicágoras repuso que había venido con un cargamento de caballos, a lo cual comentó Cleómenes: «Pues hubiera preferido, y mucho, que en vez de caballos te

¹²⁵ Cf. nota 88 del libro IV

¹²⁶ Sabemos por Plutarco que Panteas era el paje de Cleómenes y que Hipitas era un patizambo (PLUTARCO, *Cleómenes* 37, 3).

hubieras traído gente juerguista y tocadoras de arpa, que es lo que por ahora interesa al rey». Nicágoras se 11 echó a reír, sin hacer ninguna apostilla, pero al cabo de pocos días fue a encontrarse con Sosibio para tratar de los caballos, y le refirió lo que Cleómenes le había dicho. Comprobó que Sosibio le escuchaba con gusto 12 y le manifestó el odio que desde tiempo sentía contra Cleómenes.

Sosibio, pues, se convenció del resentimiento de 38 Nicágoras contra Cleómenes. Hizo ya en aquel momento ciertos regalos a Nicágoras, y le prometió más para el futuro; le convenció de que redactara y firmara una carta en que acusara a Cleómenes; debía dejarla allí sellada. Luego, cuando dentro de unos días Nicágoras 2 hubiera zarpado, un esclavo se la llevaría a él, fingiendo que el remitente era Nicágoras. Éste se avino a tales 3 proposiciones, y cuando la carta fue librada a Sosibio por un esclavo —Nicágoras ya se había hecho a la mar—, Sosibio se presentó al rey con la carta y acompañado 4 del esclavo. Éste aseguró que Nicágoras se la había entregado con la orden de hacerla llegar a Sosibio. El 5 contenido de la carta era el siguiente: si no se le envía inmediatamente con los pertrechos y el dinero necesario, Cleómenes se sublevaría al punto contra el gobierno del rey. Sosibio tomó rápidamente esto como pretexto 6 e incitaba al rey y a la corte a no demorar la detención y la puesta bajo custodia de Cleómenes. Lo cual, efectivamente, se hizo, pero se le proporcionó una residencia 7 muy grande, en la cual vivía vigilado. Y esta era la diferencia que le distinguía de los demás encarcelados, que vivía en una prisión más amplia. Cleómenes lo iba 8 considerando todo y, en cuanto a su porvenir, abrigaba malas esperanzas, por lo que decidió intentar lo que fuera, no porque tuviera mucha confianza en salir adelante 9 en sus propósitos (pues no disponía de medios razonables para realizar sus planes), sino porque pre-

fería morir valientemente antes de sufrir algo indigno
 10 de su audacia de antes; pensaba, me imagino, y tomaba
 como lema, aquello que habitualmente se impone a los
 hombres magnánimos:

*Pero me niego a morir aquí sin esfuerzo ni gloria,
 sino después de una gesta que sepan los hombres fu-
 [turos ¹²⁷.*

39 De modo que Cleómenes aguardó a que el rey se
 hubiera ausentado hacia Canopo ¹²⁸, y entonces propaló
 entre sus guardianes el rumor de que el rey iba a ponerle
 en libertad. Por ello, ofrece un banquete a sus servidores
 y obsequia a sus vigilantes con coronas, carne y, sobre
 2 todo, vino. Sus custodios lo aceptaron sin recelo y llega-
 ron a embriagarse. En aquel momento, Cleómenes tomó
 a sus amigos que estaban allí y a la gente de su servi-
 cio, y en pleno día, sin que los guardias se apercibieran
 3 de ello, salieron armados de puñales. Avanzaron y, en
 medio de una plaza, dieron con Ptolomeo, a quien se
 había dejado el gobierno de la ciudad. Su escolta quedó
 pasmada ante tal audacia, por lo cual Cleómenes y los
 suyos consiguieron hacer bajar del carro a Ptolomeo, a
 quien pusieron a buen recaudo ¹²⁹; al mismo tiempo iban
 4 clamando al pueblo que recuperara su libertad. Pero
 nadie les hacía el menor caso, ni se sublevaba, por lo
 inesperado del suceso. Entonces, Cleómenes y los suyos
 se dirigieron a la ciudadela con la intención de forzar
 las puertas y lograr así que los encarcelados se les su-

¹²⁷ Son versos de la *Iliada*, pronunciados por Héctor cuando
 ve que su muerte es inminente (cf. *Il.* XXII 304-305).

¹²⁸ Isla y ciudad, junto a la boca occidental del delta del
 Nilo, que más tarde tendrá fama de ferocidad y aun de caniba-
 lismo (cf. JUVENAL, *Sátiras* XV 46).

¹²⁹ Aquí algunos manuscritos del texto griego escriben «ma-
 taron», pero la mayoría de los traductores se inclinan por la
 variante reflejada en la traducción.

maran. Pero también este empeño les falló, porque los 5
 centinelas, precavidos ante la intentona, habían asegu-
 rado los batientes. Y al instante dirigieron sus manos
 contra sí mismos, con una presencia de ánimo no des-
 merecedora en nada de los laconios. Ésta fue la muerte 6
 de Cleómenes, un hombre muy hábil en el trato con la
 gente, muy dotado para dirigir empresas, en suma,
 varón con dotes de mando y de índole verdaderamente
 real.

A continuación, y no mucho después, vino la con- 40
 juración de Teodoto, el gobernador de Celesiria, de
 linaje etolio. Éste, por un lado, despreciaba al rey tanto
 por su política como por su vida disoluta y, por el otro, 2
 no se fiaba de los cortesanos. No hacía mucho tiempo
 que había prestado al monarca, entre otros servicios
 inestimables, una gran ayuda en los primeros proble-
 mas que surgieron con Antíoco a propósito de Celesi-
 ria ¹³⁰, y no sólo no obtuvo ningún agradecimiento, sino
 que, al contrario, fue llamado a Alejandría, donde casi
 corrió peligro su vida. Ello le indujo a entrar en tratos 3
 con Antíoco para entregarle las ciudades de Celesiria.
 Antíoco aceptó complacido esta perspectiva y tomó, al
 punto, la dirección de la empresa.

Para proceder con esta dinas- 4
 tía de modo semejante a como lo
 hicimos con la egipcia, nos re-
 montaremos hasta la época en
 que Antíoco accedió al poder, a
 partir de la cual se hará una introducción compendia-
 da a la guerra que nos proponemos historiar ¹³¹.

Antíoco era el hijo menor de Seleuco el llamado 5
 Calinico ¹³². A la muerte de éste le sucedió en el poder

¹³⁰ Cf. 46, 3.

¹³¹ Es la cuarta guerra de Celesiria. Cf. 58-87.

¹³² Seleuco II Calinico reinó entre los años 247-226.

el hermano de Antíoco, Seleuco Cerauno¹³³, porque era el mayor. Antíoco fijó su residencia en la zona norte del imperio¹³⁴, donde vivió. El rey Seleuco, por su parte, invadió la región del Tauro con un ejército, pero fue asesinado a traición, como ya se indicó más arriba¹³⁵. Entonces, Antíoco le sucedió en el imperio y fue él el rey. Confió el país de acá del Tauro a Aqueo¹³⁶, y el de las provincias nórdicas a Molón y al hermano de éste, Alejandro. Molón era sátrapa de Media, y su hermano lo era de Persia.

41 Ambos despreciaban al rey por su corta edad, y abrigaban la esperanza de que Aqueo compartiría sus proyectos. Hermias¹³⁷ era entonces gobernador general, y lo que Molón y Alejandro temían más era su sevicia y perversidad: por ello tramaron una revuelta y la cesión de las satrapías del norte. Este Hermias procedía de Caria y estaba al frente de la administración: Seleuco, el hermano de Antíoco, le había confiado tal cargo con ocasión de su ausencia por la campaña del Tauro. Se encontró, pues, casi por un azar con esta potestad, y le dominaba la envidia contra los que en la corte ostentaban cargos de alguna preeminencia. Era de índole cruel: castigaba a unos por errores que él calificaba de crímenes, a otros les imputaba culpas falsas e imaginarias; era un juez acerbo e inexorable.

¹³³ Seleuco III Cerauno reinó sólo de 226 a 223 a. C., pues murió asesinado en el curso de una campaña contra Atalo I de Pérgamo.

¹³⁴ Se refiere a las provincias orientales del imperio seléucida: Media, Persia y Susiana.

¹³⁵ Cf. IV 48, 6.

¹³⁶ Sobre este Aqueo, cf. IV 48, 5. Debía de ser un gobernador general que regía por delegación personal de Antíoco III, de quien parece que era tío materno.

¹³⁷ Este Hermias era lugarteniente directo del rey. La exposición detallada de sus atribuciones, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Su interés principal, en el que puso el máximo empeño, era el de suprimir a Epígenes, que había dirigido la retirada de las tropas salidas a campaña con Seleuco. Hermias constataba que Epígenes era hombre capaz de hablar y de obrar, y que gozaba de gran prestigio entre el ejército. Proyectó suprimirle, pero de momento se contuvo, pues quería siempre aprovecharse de una calumnia que le diera soporte contra el hombre citado. Reunido el consejo¹³⁸ para tratar de la defección de Molón, el rey mandó que cada cual expusiera su parecer acerca de cómo se debía enfocar el problema de los sediciosos. El primero que disertó fue Epígenes en el sentido de que la cosa no admitía dilaciones: debían seguirse de cerca los acontecimientos. Lo primordial, lo principal era que el rey hiciera acto de presencia en aquellas provincias y que interviniera en persona precisamente entonces: con ello, o bien Molón, ante la aparición del rey, que se hacía visible a las multitudes al frente de un ejército adecuado, no osaría promover la defección, o bien, si persistía en su propósito y se atrevía, sus mismos soldados le echarían mano al instante, le arrastrarían y lo entregarían al monarca.

Todavía estaba Epígenes en el uso de la palabra y decía esto, cuando Hermias, enfurecido, proclamó que desde hacía mucho tiempo Epígenes era un traidor oculto, un conspirador contra la monarquía; ahora, sin embargo, había hecho algo útil: había evidenciado su intento cuando interesadamente planteaba exponer al rey, con sólo unos pocos hombres, al albur de los revolucionarios. Y de momento, como si aquella acusación hubiese sido encendida por un acceso de cólera, dejó a Epígenes: no le demostró hostilidad, sino más

¹³⁸ Este consejo comprendía los amigos del rey (cf. notas 12 y 71 de este libro, y nota 121 del libro I) y otros personajes importantes del gobierno.

4 bien una dureza intempestiva. En cuanto a él mismo, su propuesta era desdecirse de la campaña contra Molón, que le parecía muy peligrosa porque el rey aún no estaba avezado a empresas guerreras; en cambio, alentaba a una salida contra Ptolomeo, pues creía que en una guerra así no iban a correr peligro: el rey en cuestión era muy indolente¹³⁹. El consejo quedó impresionado ante tales palabras: se mandó contra Molón un ejército, al frente del cual marchaban Jenón y Teodoto Hemiolio¹⁴⁰. Hermias incitaba a Antíoco continuamente, convencido de que era preciso ponerse manos a la obra en la cuestión de Celesiria; suponía que sólo si el joven rey se veía rodeado de guerras por todas partes, él podría esquivar la rendición de cuentas de sus desmanes pretéritos y, además, podría conservar la potestad de que entonces disfrutaba: lo lograría por las preocupaciones, luchas y contiendas que rodearían continuamente al monarca. Con el mismo objetivo, finalmente, falsificó una carta, que fingió enviada por Aqueo, y la pasó al rey: en ella se declaraba que Ptolomeo le ofrecía la oportunidad de hacerse con el poder de Celesiria; se le aseguraba un apoyo de naves y de dinero si se ceñía la diadema y daba a conocer a todos sus aspiraciones al imperio, detentado ya en realidad por él ahora, pero que rehusaba ostentar¹⁴¹ al rechazar la corona que la Fortuna le ofrecía. El rey dio crédito a

¹³⁹ Aquí seguramente hay un pequeño fallo por parte de Polibio, que piensa sin duda en Ptolomeo IV Filopátor. Este reinó entre los años 221-204, mientras que el consejo del que habla Polibio tuvo lugar a finales del 222 a. C., cuando reinaba todavía su antecesor Ptolomeo III Evérgetes. Los datos que poseemos son incompatibles. Una exposición y discusión más amplia de ello, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁴⁰ El calificativo «Hemiolio» puede referirse, o bien a la baja estatura del personaje, o quizás a que había sido pirata con *hemiolia*, unas naves pequeñas con sólo dos filas de remeros.

¹⁴¹ Cf. II 2, 9-10.

esta carta y se dispuso con entusiasmo a una campaña contra Celesiria.

Cuando Antíoco se encontraba en Seleucia del Puen-⁴³ te¹⁴² se presentó el almirante Diogneto, procedente de Capadocia, junto al Ponto Euxino. Tenía consigo a Laódice¹⁴³, la hija del rey Mitridates¹⁴⁴, soltera, como esposa destinada al rey. Mitridates se gloriaba de ser descen-² diente de uno de aquellos siete persas que habían dado muerte al mago¹⁴⁵; conservaba el reino de sus ascen- dientes, junto al Ponto Euxino, reino que antaño les fuera conferido por Darío. Antíoco acogió a la doncella³ con los honores y la pompa convenientes, y celebró al instante las bodas con un aparato y una magnificencia verdaderamente reales. Concluidas las nupcias, bajó⁴ hasta Antioquía¹⁴⁶, donde proclamó reina a Laódice; después se dedicó a continuar los preparativos para la guerra.

En este tiempo Molón, por su parte, había hecho de⁵ las tropas de su satrapía un ejército decidido a todo, tanto por las esperanzas de lucro como por el terror que había infundido a sus oficiales: les había mostrado unas cartas conminatorias, falsas, que fingía haber recibido del rey. Además, tenía un colaborador dispuesto⁶ en su hermano Alejandro. Aseguró, pues, la situación de la satrapía mediante sobornos y por la adhesión de algunos magnates, y él marchó con un gran ejército

¹⁴² En la región de Commagene, al S. de Capadocia.

¹⁴³ Mitridates II del Ponto (cf. IV 56) se casó con la hija de Seleuco Calinico hacia el año 245. Sobre la boda de su hija menor con Aqueo, cf. VIII 20, 11.

¹⁴⁴ Mitridates II del Ponto.

¹⁴⁵ HERÓDOTO explica (III 65-79) que Gaumatas el mago usurpó la realeza, bajo el nombre de Smerdis, tras la muerte de Cambises, en 521 a. C., pero fue muerto por Darío y otros nobles persas. En realidad, Mitridates descendía de un noble persa que se apoderó del reino del Ponto en 302 (DIODORO, XXX 122, 4).

¹⁴⁶ Capital de Siria, junto al río Orontes.

7 contra los generales del rey. Jenón y Teodoto, alarmados ante aquella incursión, se retiraron a las ciudades.
 8 Molón se adueñó de la región de Apolonia¹⁴⁷; sus recursos eran abundantísimos. Pero ya antes le hacía temible la gran extensión de territorio que dominaba.

44 En efecto: todas las yeguas de la caballería real están en manos de los medos, que disponen de trigo y de ganado en cantidades prácticamente incalculables. Casi nadie podrá exponer acertadamente la extensión del país y el valor estratégico de su situación.
 3 La Media se extiende por el Asia central, y, parangonada con las demás partes del Asia, las supera tanto por su extensión como por la altura de sus cordilleras.
 4 Además, tiene por vecinos a los pueblos más fuertes y numerosos. Limita por el norte y el este con las llanuras desérticas¹⁴⁹ que hay entre Persia y Partia; controla y domina las puertas llamadas Caspias, y llega hasta los montes Tapiros¹⁵⁰, no muy distantes del mar de Hircania. Por el sur llega hasta Mesopotamia y a la región de Apolonia. Su frontera con Persia está protegida por el monte Zagro¹⁵¹. La ascensión hasta su cumbre es de unos cien estadios, y en él se abren valles y en alguna parte hondonadas en las que viven los

¹⁴⁷ Ya en tierras de Babilonia. Cf. cap. 52.

¹⁴⁸ Esta digresión geográfica, que responde sin duda a la mano de Polibio, quizás haya sido introducida aquí por un copista inhábil, pues no responde en absoluto al contexto. Por lo demás, contiene inexactitudes de detalle. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁴⁹ El Desierto de Lout y el Gran Desierto Salado, entre los ríos Kirman y Corasan.

¹⁵⁰ Las puertas Caspias son el collado de Serdera; los montes Tapiros son el macizo de Elburz, y el Mar de Hircania es el actual Mar Caspio.

¹⁵¹ Son las actuales montañas de Farsistán.

coseos¹⁵², los corbenes, los carcos y muchos otros linajes bárbaros notoriamente excepcionales por sus dotes guerreras. Media limita por el sur con el país de Sátrapa¹⁵³, relativamente cercano a aquellos pueblos que dan ya al Ponto Euxino. Por el norte la rodean los elimeos¹⁵⁴, los aniaraces, los cadusios¹⁵⁵ y los matianos¹⁵⁶; por su parte domina las regiones colindantes con el lago Meótico¹⁵⁷. Media en sí está surcada por numerosas cordilleras que la recorren de norte a sur; entre tales cadenas montañosas hay unas llanuras atestadas de ciudades y de aldeas.

Dueño, pues, de un país que ya tenía la categoría de reino, Molón se había hecho temible hacia ya largo tiempo, según dije, por la superioridad de su potencia; sin embargo, entonces, cuando pareció que los generales del rey le cedían el campo abierto, que el empuje de sus tropas había crecido porque sus primeras esperanzas habían prosperado según sus cálculos, la impresión que causaba era terrorífica; ningún pueblo del

¹⁵² Pueblo excepcionalmente salvaje, que vivía en las montañas entre Media y Susiana. Suministraba mercenarios a los ejércitos persas y Alejandro Magno los sometió en el año 324.

¹⁵³ Es el actual Azerbadjan. Sin embargo, aquí la grafía del griego original no es segura. Casaubon, en su edición ginebrina del texto griego escribió «atropatios» y Gronovio, «saspiros». Con todo, Polibio escribe más abajo, otra vez, «país del sátrapa» (55, 2) y, en este último lugar, el texto es paleográficamente seguro.

¹⁵⁴ Estos elimeos no tienen nada que ver con los pueblos bíblicos de Elam (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 8). Vivían en el N. de la Media, junto a los montes Tapiros. La grafía vuelve a ser incierta; algunos manuscritos griegos escriben «delimeos».

¹⁵⁵ Los cadusios vienen citados por fuentes latinas (PLINIO EL JOVEN, *Historia Natural* XI 514, 523); eran famosos por su habilidad en luchar con la jabalina. Se ignora su ubicación exacta.

¹⁵⁶ Los matianos vivían al E. de Armenia.

¹⁵⁷ Es el actual mar de Azov.